

PUNTO
ROJO

se matan mujeres por poco precio

keith luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

**SE MATAN
MUJERES
POR POCO DINERO**

Colección PUNTO ROJO n.º 336
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 26.170 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre 1968

© KEITH LUGER - 1968
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1083.—El último truco de «Trucos Joe».

En Colección SERVICIO SECRETO:

946.—Un crimen y un beso.

En Colección BUFALO:

776.—El *sheriff* se está muriendo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

638.—Amores con un forajido.

En Colección KANSAS:

531.—La ciudad de las almas perdidas.

En Colección BRAVO OESTE:

392.—No hay perdón para los traidores.

En Colección PUNTO ROJO:

332.—Las rubias mueren así.

En Colección CALIFORNIA:

624.—Un negocio algo violento.

En Colección ASES DEL OESTE:

487.—Los seis dedos del diablo.

En Colección COLORADO:

571.—El miedo llega a Denver.

CAPÍTULO PRIMERO

Robert Leigh había pertenecido al grupo de escritores que en la década del cincuenta recibieron el nombre de «hombres en cólera». Los comienzos de Robert habían sido buenos. Había escrito varias crónicas sobre la vida en los suburbios de Londres, de Manchester, de Liverpool, que levantaron ampollas en los sectores gubernamentales de las islas británicas. También escribió una obra de teatro, *La buhardilla*, que, aunque sólo representada durante tres días en un teatro de las afueras de Londres, fue acogida por cierta crítica como la obra de vanguardia de un prometedor autor.

Y luego, Robert Leigh se había casado con la bellísima Carolyn Bainters, la única hija de un general cubierto de gloria durante la Segunda Guerra Mundial. Desde el día del matrimonio habían transcurrido cuatro años y, también desde ese día, Robert Leigh había pasado a la clase pasiva de los escritores. Según decía, estaba escribiendo su obra maestra. Pero nadie tenía la menor noticia de ella.

Al cabo de un año de vida conyugal, Carolyn empezó a detestar a Robert, lo injuriaba y aprovechaba cualquier oportunidad para sacarlo de sus casillas. Pero Robert lo soportaba todo porque seguía pensando que Carolyn le proporcionaba la seguridad. No, él no obtenía ningún ingreso, y, tarde o temprano, escribiría su obra.

Por ello, aquella mañana de primavera de 1968, se alzaba de hombros a cada ofensa de Carolyn.

—¿Qué es lo que estás escribiendo, Robert? —preguntó la bellísima Carolyn, con sarcasmo, señalando el folio casi en blanco, puesto en máquina ante Robert.

—Una novela.

—La semana pasada era una obra de teatro. Y dio la casualidad de que sólo escribiste un folio. ¿O llegaste al segundo?

—Cariño, uno ha de tener paciencia... La inspiración no es algo

que llega con una simple llamada.

—Oh, no, claro. La inspiración ha de presentarse a uno en plan de visita. ¿Cómo la prefieres? ¿Pelirroja o rubia platino?

Carolyn era morena, de grandes ojos negros y cuerpo estilizado, gracias a un régimen severo de comidas. Lo contrario de Robert, que comía sin preocupación, y eso le había hecho engordar bastante.

—¿Por qué eres tan cáustica, querida?

—Porque no trabajas. Para eso me querías, ¿verdad, Robert? Para no pegar golpe.

—Carolyn, por favor...

—¡Es la pura verdad!... Tú ibas a ser un escritor muy grande. El mundo entero se iba a ocupar de ti. ¿Y qué es lo que has hecho en estos cuatro años? ¡Siempre estás empezando una obra teatral o una novela!... Yo te diré lo que tú querías, Robert... Un techo, una comida. ¡Qué ironía! Te llamabas «un hombre en cólera». Claro, estabas encolerizado porque no tenías nada...

—Eran mejores tiempos.

—¿Cómo te atreves a decir eso, desagradecido?

—Tenía mi libertad.

—¿Tu libertad? Muy bien, conque es eso lo que echas de menos. Tu libertad. ¡Pues la vas a tener!

—¿Qué has dicho, Carolyn?

—Te lo puedes imaginar.

—¿Te refieres al divorcio?

—Claro que me refiero al divorcio.

—Carolyn, tú no puedes hacerme eso.

—Anda, ponte a llorar.

—Carolyn, te quiero, yo te quiero...

—Tú solo quieres la buena mesa que yo te proporciono, mis reuniones sociales, la entrada a las *premières* de teatros o cines, tu localidad asegurada en las mejores carreras del año... ¡Estoy harta, Robert! El divorcio es lo mejor para los dos. Yo también seré libre para poderme casar con quién me guste.

—¿Quieres decir que estás enamorada de otro hombre?

—No hagas melodrama.

—¿Quién es él?

—No te importa.

—Claro que me importa.

—Querido, lo único que debe interesarte a ti es tu libertad. Sí, otra vez serás libre para continuar tu fabulosa carrera literaria... Necesitas pasar hambre para escribir. Te estoy haciendo un favor, y también le estoy haciendo un favor al mundo. Gracias a nuestro divorcio, podrás demostrar tu valía. Al fin escribirás esa obra maestra... Y ahora, adiós. Me están esperando.

—¿Quién te espera?

—No lo vas a saber, cariño —contestó Carolyn, y salió de la biblioteca, pegando un fuerte portazo.

Robert sintió impulso de ir tras ella, pero luego se relajó y dejóse caer en el sillón.

Había temido aquel momento, y ya lo tenía allí. A Carolyn no le faltaba la razón. Al sentirse seguro, económicamente, había dejado de trabajar, pero ahora tenía miedo. Todos lo habían olvidado. Cuatro años era demasiado tiempo para una carrera literaria, especialmente cuando se es joven. Tres de sus compañeros estaban en la cumbre porque sus novelas o sus obras de teatro habían alcanzado un gran éxito. Y cuando tropezaba con alguno de ellos, se limitaban a darle una palmadita, o ni siquiera eso, porque alguno había preferido ignorarlo.

Volver a empezar. Qué palabras tan terribles. Se sintió como un naufrago en una isla desierta.

En aquel momento sonó el teléfono. Algún recado para Carolyn. Sólo la llamaban a ella, porque él se había quedado sin amigos.

—¿Sí? —dijo por el teléfono.

—Quiero hablar con el señor Leigh —le contestó una voz suave.

—Soy yo.

—¿Robert Leigh?

—El mismo. ¿Quién es usted?

—Ya le diré mi nombre más tarde, señor Leigh. Ahora quería hablarle de un negocio...

—Disculpe, pero, indudablemente, debe haber un error.

—¿Un error, dice, señor Leigh?

—Si se trata de un negocio, debe discutirlo con mi esposa. Es ella quien lleva la economía en mi casa —pronunció las últimas palabras con los dientes apretados, porque recordó la última discusión que había sostenido con Carolyn.

—No, señor Leigh, no es con ella con quien quiero hablar, sino con usted, porque el negocio he de hacerlo con usted y no con su esposa.

A Robert le extrañó aquello, pero, al mismo tiempo, le intrigó.

—¿De qué se trata?

—De la situación en que usted se encuentra, señor Leigh.

—¿A qué situación se refiere?

—A la matrimonial, naturalmente. Usted y su mujer no se entienden.

—¿Quién le ha hablado de eso?

—Yo sé muchas cosas, señor Leigh. Su mujer le hace la vida imposible... Le acosa constantemente, lo considera un inútil... Usted era una promesa de la literatura, y estoy seguro de que habría escrito obras muy buenas. Pero ¿qué fue lo que ocurrió? ¿Qué se cansó de escribir? Falso. ¿Qué se le acabó la inspiración? Falso. No, señor Leigh, yo entiendo perfectamente su problema. Usted no ha vuelto a escribir por culpa de su mujer.

Robert se quedó de una pieza. No había pensado tal posibilidad.

—¿Sigue ahí, señor Leigh? —Oyó la voz del desconocido.

—Desde luego.

—Como le iba diciendo, ha sido su esposa, Carolyn, la causante de que usted esté acabado a los treinta y dos años... Y apuesto a que usted mismo tiene esa impresión: la de que es impotente para escribir algo que valga la pena. Pero eso no es cierto, señor Leigh. Eche una mirada a los maestros de la literatura universal y comprenderá que, a partir de los treinta y dos años, o incluso más viejos, han empezado a dar al mundo sus obras maestras... Usted podría esperar unos cuantos años de acuerdo con esa hipótesis, pero su situación matrimonial continuará siendo la misma. Usted seguirá conviviendo con esa mujer, Carolyn, que impide que su cerebro de los frutos prometedores para los que estaba predestinado...

Robert pensó que aquel hombre no estaba al corriente de una cosa, de su inminente divorcio. Claro, aquel hombre no había estado allí minutos antes, cuando Carolyn le habló de recuperar su libertad para casarse con quien le gustase.

Un rayo de luz pasó por su mente. Ya sabía lo que aquel tipo era. Un abogado. Sí, aquélla debía ser su profesión. También a él se le había ocurrido aquella idea del divorcio.

—Oiga, amigo, como quiera que se llame, me halaga mucho, pero no me interesa el negocio que me va a proponer.

—Yo creo que sí.

—Me está ofreciendo la libertad.

—Es lógico que haya concluido eso, puesto que he sido muy claro en mi exposición general.

—Llega tarde.

—¿Me va a decir que su mujer ha muerto?

—No.

—Entonces, ¿por qué me dice que llego tarde? ¿Ha decidido suicidarse, quizá?

—No soy de los que se suicidan, amigo.

—Explíquese, entonces.

—Mi mujer ya me ha amenazado con el divorcio, y, tal como están las cosas, lo obtendrá sin lugar a dudas. En cuatro años no he proporcionado una sola libra esterlina a mi matrimonio. Bueno, aposté muchas veces a los caballos y gané dos carreras, pero las pérdidas superaron a las ganancias. De modo que ni siquiera eso puedo alegar en mi favor.

—Señor Leigh, no le he hablado para proponerle el divorcio. Con eso conseguiría su libertad, pero usted quedaría arruinado, en la miseria. Yo le propongo algo mucho mejor. Su viudez, señor Leigh.

Robert sintió un escalofrío.

—¿Qué es lo que ha dicho? —tartamudeó.

—Lo expresaré con otras palabras, señor Leigh. Le propongo matar a su esposa.

Robert tragó saliva. Sí, había oído bien al principio. Se echó a reír con risa nerviosa.

—¡Voy a colgar, señor como se llame!

—¿Por qué?

—¡Ya sé lo que es usted!

—¿Y qué soy?

—Un loco, un perturbado mental. Eso es. Se entretiene en hacer llamadas telefónicas y proponer asesinatos.

—No, señor Leigh... Verá, yo no estoy solo en este negocio... Quiero decir que se trata de una agencia. Tenemos el personal adecuado para realizar nuestros trabajos.

—¿Agencia? ¿Qué agencia?

—No me decepcione, señor Leigh. No pensará que tenemos unas oficinas abiertas al público. Dada la índole de nuestro negocio, hemos de hacer nuestro trabajo en el más riguroso secreto.

Robert se pasó una mano por la cara. Era una pesadilla. Sí, eso era. Pero, no, estaba despierto, en la biblioteca, hablando con aquel desconocido por teléfono, un hombre que le proponía la muerte de Carolyn.

—Todo eso que dice es absurdo —murmuró.

—Sólo es absurda la vida, señor Leigh. Lo único claro es la muerte. ¿Le gusta el pensamiento?

—¡Ya me cansé de escucharle! ¡Voy a colgar!

—Qué lástima, señor Leigh. Estamos preparados para hacer un buen trabajo. Nuestra organización ha obtenido grandes éxitos en cuántos casos resolvió hasta ahora.

—¿Quiere decir que ustedes ya...?

—Sí, señor Leigh. No creará que es usted nuestro primer cliente... No, en absoluto. Tenemos una gran experiencia. Llevamos años realizando nuestro trabajo, señor Leigh, y nuestros clientes disfrutan hoy de un gran bienestar. Todos ellos han quedado satisfechos de nuestros servicios. Naturalmente, no podemos dar referencias. Usted lo comprenderá. Es algo muy delicado, señor Leigh, pero debe creer en mi palabra.

—Pero eso ha de ser forzosamente peligroso para sus clientes.

—Sé a qué se refiere, señor Leigh. La policía hace una investigación cuando muere una persona, y, dada una situación matrimonial, es lógico que se sospeche del cónyuge superviviente.

—Así es.

—Descanse tranquilo, señor Leigh. En ciertos casos, la policía ha molestado a nuestros clientes, pero tales molestias han sido mínimas, porque en todos los casos la inocencia de nuestro cliente ha quedado perfectamente establecida... Tomemos su caso, señor Leigh.

—¡No quiero que tomen mi caso!

—Es un ejemplo, señor Leigh... Usted puede rechazar nuestros servicios, pero ¿por qué no informarse hasta el final, ya que empezamos esta conversación?

—¡Termine cuanto antes!

—Señor Leigh, su mujer puede sufrir un accidente. Vivimos en una época en que los accidentes ocurren todos los días por docenas. ¿Ha leído las estadísticas?

—No.

—Sólo en la Gran Bretaña ocurren miles de accidentes diarios, provocados por las causas más diversas, desde el atropello por automóvil hasta la asfixia por inhalación de gas, pasando por el simple ladrillo que le cae a uno en la cabeza cuando pasa por la calle... ¿Sabe que anualmente muere medio centenar de personas a consecuencia de coces de caballos? ¿Sabe usted que media docena de campesinos fueron despedazados cuando la vaca que sujetaban con un lazo atado a su muñeca echó a correr?...

—¡No quiero saber nada de eso!

—Le estaba informando al objeto de que sepa que quedará libre de culpa cuando su mujer muera.

—¡Mi mujer no va a morir!

—¿Prefiere que ella se salga con la suya? Carolyn se divorciará de usted, señor Leigh. Lo dejará sin un centavo. ¿Y qué pasará después? Que Carolyn se casará con otro hombre. Quizá algún día se encuentren. ¿Y qué pasará? Carolyn se reirá en sus propias narices o quizá le pregunte: «Hola, querido, ¿ya escribiste tu obra maestra?».

—¡Cállese!

—¿Cómo soportará eso, señor Leigh?... Por el contrario, piense en la muerte de Carolyn. Al fin quedará libre de las ataduras que le impiden ser famoso en su profesión. Y será rico, señor Leigh. Hemos hecho un estudio minucioso acerca de la herencia que usted recibirá. No tendrá que preocuparse económicamente de su vida, y usted libre, completamente libre, podrá dar rienda suelta a su imaginación, a sus magníficas condiciones para convertirse en uno de los famosos escritores de nuestra época... ¿Y qué habrá arriesgado usted? Absolutamente nada. Nuestra agencia se ocupará de todo... Sí, señor Leigh. Nosotros no olvidamos un solo detalle, ni el más insignificante. Por ejemplo, nos ocuparemos de su coartada.

El desconocido interlocutor guardó silencio.

Robert Leigh estaba aturdido. Aquel hombre le estaba ofreciendo la impunidad en el crimen. ¿Y qué más? Su libertad. ¿No era eso ya importante? Perdería a Carolyn, pero ¿no la iba a perder de todas

formas? Carolyn lo despreciaba y quería cambiar de esposo. Eso era claro, evidente, porque ella misma se lo acababa de decir.

—Oiga —dijo.

—Le escucho.

—¿Qué van a ganar ustedes?

—Todo trabajo requiere un pago.

—Sí, claro. Es lógico.

—Le agradezco su comprensión.

—Deje el protocolo y dígame cuál va a ser el precio.

—Diez mil libras esterlinas.

—Yo no tengo ese dinero.

—Ya sabemos que no lo tiene, señor Leigh, pero tendrá mucho más de diez mil libras cuando herede. Con eso quiero decirle que no tendremos prisa en el cobro. Somos una organización que cuenta con capital. A nosotros nos basta con tenerlo entre nuestros clientes. Hacemos el trabajo y usted paga después. Ése es nuestro lema.

Robert titubeó nuevamente. ¿Dónde se estaba metiendo? Pero era su único camino. Además, ¿no tenía razón el desconocido? Sí, ahora que lo pensaba bien, era Carolyn el obstáculo a su carrera literaria. Dios mío, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Carolyn, con sus sarcasmos, con sus ironías, con sus dardos envenenados, había secado su cerebro, y si Carolyn dejaba de existir, otra vez volverían a saber de él. Entonces demostraría al mundo que él seguía siendo Robert Leigh, el escritor en el que muchas personas habían confiado. Y todos sus compañeros tendrían que morder el polvo porque le reconocerían su talento.

—¿Cuándo lo harán?

—Bravo, señor Leigh. Al fin se decidió.

—Sí, estoy decidido, pero dígame cuándo lo harán.

—Es prematuro hablar de ello. Recibirá más noticias nuestras.

—¡Carolyn sé quiere divorciar de mí! Puede empezar los trámites de un momento a otro, y entonces yo sería más sospechoso que nunca.

—Le he dicho que usted no tiene que preocuparse. Cuando la muerte de Carolyn ocurra, usted estará a cubierto de cualquier clase de sospecha, señor Leigh. Déjenos a nosotros, y dadas las circunstancias, nos daremos prisa en organizarlo todo.

—¿Cuándo volveré a tener noticias de usted?

—Quizá mañana.

—Por favor, no lo demoren.

—De acuerdo, señor Leigh. Será mañana.

—Todavía no me ha dicho su nombre.

—El señor Smith... Hasta mañana, señor Leigh.

CAPÍTULO II

Estaban desayunando. Robert observaba a Carolyn, que comía en silencio. La noche anterior, Carolyn había regresado muy tarde. Desde hacía algún tiempo dormían en habitaciones diferentes, pero él la había oído llegar. ¿Con quién habría estado Carolyn? Claro. Con su amor.

—Carolyn, quiero hablarte de lo que dijiste.

—He dicho muchas cosas.

—Me refiero al divorcio.

—No es el momento.

—Lo es. Estamos a solas. Debes pensarlo mejor.

Sólo trataba de sonsacarla, porque ella estaba decidida a separarse. Sonrió pensando en que él sería quien se librara de ella gracias a la agencia del señor Smith.

Carolyn ya había dejado de prestarle atención porque se dedicaba a untar una tostada con mantequilla.

—Carolyn, ¿quién es él?

—Qué más da.

—¡Quiero saberlo! ¡Tengo derecho!

—Está bien, gran escritor. Él es Guy Calvet.

Robert agrandó los ojos.

—¿Ese crítico literario?

—No conozco a otro Guy Calvet.

Debió suponer que Carolyn se inclinaría otra vez por las artes. A ella le gustaba acudir a los salones literarios. ¿No se había casado con él porque era un artista? Y justamente había ido a elegir a Guy Calvet, aquel repugnante gusano. Cuatro años atrás había sido Calvet, precisamente, quien con más dureza atacó su obra teatral *La buhardilla*. Guy Calvet había dicho que él, Robert, carecía de talento y que se iría al hoyo, y que en muy breve plazo nadie volvería a oír de Robert Leigh. Sintió que su sangre corría

fogosamente por sus venas porque, de momento, Guy Calvet había acertado. ¿Qué clase de conversación sostendrían Carolyn y Guy? Sí, a Guy le habría sido muy fácil conquistar a Carolyn, puesto que el maldito crítico no habría cesado de meterse con él, de calificarlo de vago, de inútil, de escritor acabado...

—Tengo prisa, querido —dijo Carolyn, levantándose.

—¿A dónde vas?

—Con Guy, naturalmente.

—Pregunté a dónde.

—A una exposición de arte que se inaugura hoy. El pintor es un antiguo conocido tuyo, James Douglas. Guy dice que llegará muy alto. También él perteneció a los hombres airados, pero tiene una diferencia con respecto a ti: Douglas posee talento y ha seguido trabajando... Hasta pronto.

Robert la vio salir y quedó a solas masticando su rabia.

Poco después oyó el coche que conducía su propia mujer.

Permaneció inmóvil un rato hasta que sonó el teléfono. Se acercó a él con miedo.

—¿Sí? —dijo.

—Al habla el señor Smith.

Robert no pudo evitar otro estremecimiento, como la vez anterior.

—Soy Robert Leigh, señor Smith.

—Todo está preparado. A las doce en punto debe estar usted en las Galerías Johnson.

—¿Qué pasa en las Galerías Johnson?

—Se inaugura una exposición, la de un pintor llamado James Douglas.

Demonios. Aquella gente lo sabía todo. Era justamente la exposición a la que Carolyn pensaba asistir en compañía de Guy Calvet. Pero eso era una contradicción.

—Señor Smith, mi mujer asistirá a esa exposición.

—Ya lo sabemos, y por eso ha de estar usted allí.

—No le comprendo...

—No hace falta que comprenda nada. Tiene que colaborar con nosotros. Debe estar usted allí a las doce o tendremos que suspender la ejecución.

Aquella palabra lo dejó helado. Ejecución quería decir matar.

Titubeó unos instantes, pero de nuevo recordó a Carolyn, y a aquel tipo, Guy Calvet, el inminente divorcio...

—De acuerdo, señor Smith.

—Permanezca en la exposición hasta las doce y media. Si encuentra algún amigo, vaya a almorzar con él al restaurante Gaylor, que está cerca de las Galerías Johnson. Discuta con el *maître* o con cualquier camarero. Hágase notar. Naturalmente, lo mismo ha de hacer en la exposición. Salude a las personas que encuentra. ¿Lo ha entendido bien, señor Leigh?

—Perfectamente.

—Eso es todo.

Se oyó un clic a la otra parte y Robert Leigh colgó también.

La exposición estaba muy animada.

Robert Leigh descubrió a una docena de caras conocidas. Habló con personas que le eran sumamente antipáticas. No le gustaba la pintura de James Douglas y lo exteriorizó. Algunos lo miraban con lástima, y, en un momento determinado, se armó un gran revuelo, a la llegada del autor teatral de moda, Ray Madison, que había sido su compañero de fatigas cuando lo de La *buhardilla*, porque Madison también acababa de estrenar. Pero ahora Madison había logrado dos éxitos consecutivos con otras tantas comedias. Sobre todo, una de ellas había logrado una gran acogida en París y en Nueva York, y ya estaba consagrado como uno de los mejores autores teatrales de la actualidad.

—Enhorabuena, Madison —dijo, cuando se encontraron.

—Gracias, Robert. ¿Cómo van tus cosas?

—Estoy escribiendo una comedia.

—Te deseo el mismo éxito que he logrado con las mías.

Pero no lo decía con sinceridad. Madison le estaba diciendo otra cosa con aquella sonrisa irónica: «¿Tú escribiendo una comedia? No me hagas reír. Y si la escribes, peor para ti».

Descubrió a Arthur Bender, su antiguo representante, un hombre activo, dinámico.

—Arthur, quiero hablar contigo —le dijo, cuando se estrecharon la mano.

—Lo siento, pero hoy dispongo de poco tiempo.

—Voy a volver.

—¿Volver? ¿A dónde?

—¿A dónde va a ser, Arthur? A la literatura.

—Oh, sí, claro. Cualquiera día de estos volverás. De eso no tengo ninguna duda.

Tampoco Arthur lo creía, y por eso le hablaba así.

—Arthur, te invito a almorzar. Quiero contarte lo que estoy escribiendo.

—¿Por qué no esperamos a que lo termines?

—Necesito tus consejos. Sabes de novela y de teatro más que nadie.

Robert sabía halagar a una persona cuando quería, y aquella frase fue la acertada.

—Anda, Arthur, si ya terminaste de ver estos manchurroneos, vamos a almorzar.

Arthur Bender aceptó, y poco después se encontraban en el restaurante Gaylor.

Empezaron con «Martinis» y Robert Leigh contó a Arthur Bender una vieja historia que tenía en el lugar más apartado de su cerebro. Una muchacha que abandona a su familia porque quiere ser actriz, y al llegar a Londres tiene que trabajar como camarera. Se inscribe en un club de aficionados, y sostiene un amor apasionado con un viejo actor que dirige la compañía, el cual la engaña. Luego aparece un autor que empieza, y en el que Robert Leigh se había querido reflejar a sí mismo, y obtiene un gran éxito en una obra que protagoniza la muchacha, y ella, ganada por el profesionalismo, abandona al autor.

—No sé cuál será el final, Arthur. Por eso quería tu consejo.

El camarero le dejó delante un plato de langostinos.

—Camarero, ¿quiere llevarse esto?

—Perdone —dijo el camarero, inclinándose como si no lo hubiese oído.

—No me gustan estos langostinos.

—Señor, hasta ahora no hemos recibido una sola queja.

—Pues celebro que la mía sea la primera. Deme cualquier otra cosa. ¿O quiere que hable con el *maitre*?

—Oh, no, no hace falta.

El camarero se llevó los langostinos de Robert, quien no tenía nada contra los langostinos, pero había seguido la advertencia del

señor Smith, la de hacerse notar, y quizá eso bastase para el señor Smith, que tenía una agencia dedicada al asesinato. Sí, la agencia Smith mataba a mujeres por poco precio. ¿Qué eran diez mil libras esterlinas comparadas con las cien mil que Carolyn poseía?

Arthur comió sus langostinos y dijo:

—Están buenos, Robert. No sé por qué los has hecho retirar.

—Todos los autores tenemos alguna manía. ¿Qué me dices de la novela?

—El argumento está demasiado sonado. Durante los últimos veinte años se han escrito novelas con argumentos teatrales, y casi siempre el asunto gira alrededor de una pobre muchacha de una familia humilde que quiere escalar la cumbre. Los americanos producen no menos de una veintena de novelas al año con tema parecido... Herman Wouck, el de *El motín del Caine*, ha escrito una de esas novelas, pero ha tenido la habilidad de cambiar las cosas. Hay mucho de autobiográfico en el asunto y pasa de Nueva York a Hollywood. De esa forma consigue dos ambientes: el teatral de Broadway y el cinematográfico de los grandes estudios. Y ahí tienes el caso de *El Valle de las Muñecas*...

—La he leído. Pornografía.

—No, Robert, creo que te equivocas. No hay pornografía...

—Oh, sí, hay un trozo de vida.

—Ya dejamos en paz los trozos de vida. Sabemos que lo que ocurre en *El Valle de las Muñecas* es un poco fuera de lo humano, pero los personajes son novelescos, y lo que sucede también es novelesco, y al público le interesa. Si la autora hubiese escrito un trozo de vida, no se hubiesen vendido ni mil ejemplares, y ya lo has visto. Está batiendo récords de ventas en todo el mundo... Mi consejo es que busques otra historia.

—Muy bien. La buscaré —asintió Robert Leigh, aunque de buena gana hubiese mandado al diablo a Arthur.

Si volvía a escribir, necesitaría a Hender, porque era un agente artístico introducido en las más importantes editoriales del mundo.

Cuando hubieron terminado el almuerzo, Robert abonó la cuenta y dijo:

—Pasaré por tu oficina la semana próxima, Arthur. Para entonces, tendré una nueva historia.

—Como tú quieras, Robert.

—¿Tienes fe en mí, Arthur?

Bender se humedeció los labios con la lengua.

—El hombre que escribió *La buhardilla* siempre guarda posibilidades para mí.

—Gracias, eres muy amable.

—Hasta cuando quieras, Robert.

Robert quedó a solas. Recordó que el señor Smith no le había dicho nada para después del almuerzo. Bien, se metería en un cine y vería una película. Oh, no, no podía ir al cine, porque allí no lo vería nadie. Tenía que regresar a casa enseguida, porque Arthur Bender recordaría la hora en que se habían separado.

Le abrió una de las dos criadas, Mary.

—¿Regresó la señora, Mary?

—No, señor.

—Estaré leyendo en la biblioteca.

Trató de elegir un libro. ¿Cuál de ellos? Compraba las últimas novelas, pero todas le resultaban odiosas porque estaban escritas por sus compañeros. Se decidió por Dickens, *David Copperfield*. Llevaba media hora en casa cuando Mary entró en la biblioteca.

—Señor, un agente de la policía quiere verlo.

—¿Un agente de la policía? ¿Qué ha pasado?

—No me lo dijo, señor.

—Está bien, que pase.

Robert cerró el libro, pero no lo dejó en la mesa. Con él en la mano, salió al encuentro de un hombre alto, de unos cuarenta años.

—Soy Donald Gray, señor Leigh, agente al servicio de la Comisaria 14. Lamento traerle malas noticias.

—¿Qué pasa, señor Gray?

—Se trata de su mujer... Sufrió un accidente.

—¿Un accidente?... ¡Cielos! ¿Fue mortal?

—Sí, señor Leigh.

—¡Carolyn!

Robert cerró los ojos con fuerza y así permaneció unos instantes. Finalmente, abrió otra vez los párpados.

—¿Qué pasó, señor Gray?

—Fue aprisionada por un ascensor.

—¿Dónde?

—Cuando se disponía a visitar a un amigo.

—¿Qué amigo?

—El señor Guy Calvet. Hubo un fallo mecánico. Es muy lamentable, señor Leigh. Si usted quiere, puede tomarse algún tiempo, pero es necesaria su presencia para la identificación...

Robert dejó correr unos segundos y sacudió la cabeza.

—No, agente. Iré con usted.

La identificación fue desagradable, y Robert se alegró mucho de no haber almorzado apenas. Siguió recibiendo condolencias del personal de la policía, y cuando se disponía a salir, se encontró con Guy Calvet.

—Leigh, en estos momentos son inútiles las palabras.

Robert lo miró con desprecio.

—Sí, completamente inútiles... Pero, en cierto modo, fuiste el culpable. Si ella no hubiese ido a tu casa, no habría pasado esto.

—No puedo hacer comentarios.

—Yo ya terminé los míos.

Leigh se separó de Calvet y regresó a su casa, desde donde dio las órdenes oportunas para el funeral.

Sonó el teléfono y Robert pensó que sería el señor Smith, pero se trataba de una amiga de Carolyn que se acababa de informar de la muerte de su esposa. La noticia del accidente había empezado a correr. Tuvo que atender unas cuantas llamadas hasta que oyó una voz conocida, la del señor Smith.

—¿Cómo está, señor Leigh?

—Muy condolido.

Al otro lado se oyó una risita.

—Nuestro más sentido pésame, señor Leigh. Ya ve que hemos cumplido.

—Sí.

—Espero que todo haya quedado a su satisfacción.

—Desde luego.

—En cuanto a la forma de pago, le daremos instrucciones en el momento oportuno.

El momento oportuno fue dos semanas más tarde. De alguna forma, el señor Smith se había informado de que ya él disponía de la herencia, veinticuatro horas después de que el Banco Internacional le autorizase a disponer de veinticinco mil libras que Carolyn tenía allí depositadas.

El señor Smith le dio las instrucciones. Debía poner las diez mil libras en un sobre, escribir el nombre de Joseph Smith y dejarlo en las mensajerías Harrison. Simplemente, eso. Robert cumplió con los requisitos y, una vez hubo hecho la entrega del precio de la muerte de su mujer en las mensajerías Harrison, se fue a un *music-hall* porque tenía ganas de divertirse.

CAPÍTULO III

Howard Freeman dijo a su mujer, Judy:

—Esta noche quiero ir al cine.

—Tú no vas a ninguna parte.

—Pero, Judy, hace más de dos meses que no voy al cine, y quiero ir contigo.

—Tengo trabajo.

—Siempre tienes trabajo, Judy. Podrías dejarlo por una sola noche.

—Howard, soy la propietaria de unos importantes laboratorios que también dirijo. Quiero lanzar una nueva medicina para el asma. Y ahora estamos haciendo experimentos con cobayas.

Howard pensó que también él había sido una cobaya. Ahora echaba de menos su vida de soltero, cuando trabajaba con aquel agente de bienes raíces. Ganaba lo suficiente para sus gastos. Era aficionado al cine y no se perdía una película. Habría querido seguir la carrera como director de cine, y cuando se casó con Judy, enamorado de ella, pensó que con el capital de Judy podría realizar su primera película, no de mucho presupuesto, uno de los muchos argumentos que se le habían ocurrido, sencillos, con personajes de la calle, en el estilo de la escuela documental. Pero sufrió una gran decepción cuando Judy le dijo que no iba a consentir que él gastase su dinero, que tanto trabajo le había costado ganar, y que su afición cinematográfica era una tontería...

—Quiero que vayas al laboratorio a por mí, Howard. Como todos los días.

—¿Qué te parece si voy un poco más temprano, media hora antes? Podremos ver una película que pasan en el Overon.

—Pareces un chiquillo, Howard. Ya cumpliste los cuarenta años y no necesitas ver una de indios.

—Es que no es de indios.

—Oh, sí, para variar, un *gun-man* mata a todos porque posee una gran puntería.

—Todo eso, los indios y el *gun-man* es circunstancial. Hay una cosa más importante en un *western*: la profundidad psicológica. Es un género como otro cualquiera, Judy. Se pueden decir cosas importantes en un *western*.

—¿Te quieres callar y no hablar de eso? No iremos al cine. Yo estaré muy cansada cuando termine mi trabajo en el laboratorio, y vendremos directamente a casa. ¿Queda claro eso, Howard?

—Sí, Judy.

—Y si quieres ayudar a tu mujercita, será mejor que redactes una docena de cartas. Te he dejado las direcciones sobre la mesa de la biblioteca. Las cartas han de ser iguales, recomendando nuestro producto «Anoxon».

—¿Para qué sirve el «Anoxon»?

—Es un remedio contra la hepatitis.

Howard dio un suspiro. Aquel mes había escrito cartas ensalzando los méritos de medicina contra las enfermedades del riñón, del estómago, del páncreas... Y así, ¿desde cuándo? Llevaba seis años casado con Judy, seis horribles y espantosos años.

—Hasta luego, querido —dijo Judy, y lo besó rutinariamente.

Lo más gracioso de todo era que Judy resultaba una mujer interesante, esbelta, atractiva, pero aquella condenada energía de la que estaba llena hacía explosión a cada momento. Ella era la que mandaba en su casa, en el laboratorio, en todas partes, y él tenía que doblegarse.

En fin, había elegido su destino. Tendría que conformarse y renunciar a trabajar en el cine.

Había empezado a escribir el borrador de la carta alabando las cualidades del «Anoxon», para lo cual contaba con un informe técnico de Judy, cuando sonó el teléfono.

Sería alguno de los químicos del laboratorio preguntando por Judy. Siempre la consultaban porque ninguno de ellos se atrevía a proceder por cuenta propia. Sí, también los colegas de Judy se sentían dominados por su mujercita.

—¿El señor Howard Freeman?

Preguntaban por él, y eso era muy raro, porque apenas tenía amigos.

—Sí, soy yo.

—¿Salió ya su mujer, señor Freeman?

—Sí.

—Entonces, está solo.

—No hay nadie conmigo. Pero ¿quién es usted?

—Un amigo suyo.

—¿Qué amigo?

—Todavía no me conoce, señor Freeman.

—Entonces, ¿cómo puede ser amigo?

—Porque voy a hacer algo por usted. Algo muy importante, señor Freeman. Gracias a mí, usted va a convertir su sueño en realidad.

—¿A qué sueño se refiere?

—Al cine. Usted quiere dirigir películas.

Howard sintió una gran alegría. Cielos, unos estudios lo iban a contratar. Era eso. Antes de casarse había escrito artículos que publicaron gratuitamente algunas revistas especializadas, y había hecho amistades, aunque luego se vio precisado a romperlas. Pero alguien lo había tenido en cuenta, aquel hombre que le hablaba desde el otro extremo del cable.

—Sí, señor, quiero dirigir películas. Con sinceridad, creo que he nacido para eso. Estoy convencido... ¿Quiere decir que usted me dará una oportunidad?

—Sí, señor Freeman, yo le daré esa oportunidad.

—No sabe usted la emoción que me embarga en estos momentos. Casi no puedo hablar.

—Tranquilícese, señor Freeman. Para que usted y yo sigamos hablando es necesario que calme los nervios... Si quiere, puede beber un trago.

—No lo necesito.

—¿Está seguro?

—Desde luego, puede continuar.

—Está bien, señor Freeman. Le voy a decir la forma en que usted va a hacer su película... Su mujer morirá y usted, como heredero suyo, dispondrá de doscientas cincuenta mil libras, valor en venta de los Laboratorios Colman.

Howard se quedó perplejo.

—¿Cómo ha dicho? ¿Mi mujer muerta...?

—Exactamente, señor Freeman.

—¿Quién es usted?... Oh, sí, el doctor de mi mujer, el doctor Wagner... Ahora recuerdo que ella fue a verlo la semana pasada... Doctor Wagner, ¿qué es lo que tiene mi mujer?... No me lo diga. ¡Cáncer! ¡Eso es!...

—Está muy nervioso, señor Freeman, y ya le he dicho que debe estar tranquilo, o tendré que suspender esta conversación.

—Oh, no cuelgue. Ya estoy más tranquilo. Hable, doctor Wagner.

—En primer lugar, no soy el doctor Wagner. En segundo término, estoy seguro de que su mujer no padece enfermedad grave.

—¿Qué?

—Cuando le hablé de que su mujer morirá me refería a un accidente.

—¿Dónde sufrió el accidente?

—Señor Freeman, todavía no lo ha sufrido.

—¿Quién es usted? ¿De dónde me habla?

—Se lo diré para que lo comprenda de una vez, señor Freeman. Estoy hablando de enviudarlo.

—¡Oh, no!

—Señor Freeman, formo parte de una agencia que se dedica a resolver casos como el suyo... Cuando nos atrevemos a hablar con un cliente, hemos hecho un estudio previo, minucioso, de todas las circunstancias del caso. Usted ya no quiere a su mujer, usted lleva una vida miserable, usted no ha visto cumplidos sus deseos. Corríjame si me equivoco.

Howard estaba demasiado asombrado para contestar.

—Señor Freeman —dijo otra vez aquel desconocido—, su silencio ha sido la respuesta más elocuente. Está conforme con todo...

—¿Al decir accidente, usted se ha referido a...? ¿A un asesinato?

—Señor Freeman, le prohíbo que utilice esa palabra. Su mujer va a sufrir un simple accidente.

—Que la va a matar.

—Sí, y que le va a permitir a usted disfrutar de su herencia. De doscientas cincuenta mil libras.

—Pero... pero eso está castigado por la ley.

—Olvídese de la ley, señor Freeman. Nosotros no transigimos

con sentimentalismos. La vida es muy dura para todos, y lo es para usted, señor Freeman. Hemos leído algunas de sus cartas; ya sabe, las cartas que dedica a los mayoristas y minoristas de específicos... Se nota el talento. También tenemos un especialista en grafología. Sí, señor Freeman, usted tiene talento. ¿Y en qué lo utiliza? En escribir estúpidos panegíricos medicinales... Qué guiones podría escribir usted, señor Freeman, y qué guiones podría dirigir. Usted es una esperanza del cine, pero se quedará simplemente en eso, en esperanza, si inmediatamente no se pone a trabajar en aquello para lo que usted ha venido al mundo. Usted tiene obligaciones contraídas con sus semejantes, sagradas obligaciones a las que no debe renunciar.

—Sí, señor... Sí, señor...

—La señora Freeman ya ha cumplido su misión, pero usted, ni siquiera empezó la suya.

—¿Me promete que ella no va a sufrir?

Howard se mordió el labio inferior. Ya lo había dicho. Sí, había admitido que Judy pudiese morir.

—Se lo prometo, señor Freeman. Su mujer no sufrirá. Además, todo será muy rápido.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo ocurrirá?

—Si llegamos a un acuerdo, mañana mismo. Hablemos del precio.

—¿Cuál va a ser?

—Acostumbramos a cobrar un diez por ciento.

—¿Veinticinco mil libras?... Eso es mucho...

—Muy poco, comparado con las doscientas cincuenta mil que le quedarán a usted. Tenga en cuenta que, gracias a ese dinero, usted podrá lanzarse a la vida profesional que siempre ha deseado.

—Sí, señor... Ya puede decirme su nombre... Estoy conforme...

—Llámeme señor Smith.

—¿Y qué debo hacer yo, señor Smith?

—Nada. Simplemente, quedarse en su casa. Sé que tiene una doncella y una cocinera. Le servirán de coartada.

—Sí, señor... Me quedaré aquí... Pero, dígame, ¿de qué modo van a acabar con ella?

—Eso no lo sabrá hasta que ocurra, señor Freeman. Así usted podrá actuar con naturalidad... ¿Comprende ahora que le dije la

verdad al referirme a que tenemos en cuenta todos los detalles?

—Sí, señor Smith... Parece que son muy eficientes.

—Gracias por reconocerlo, señor Freeman... Y ahora debo despedirme.

Se interrumpió la comunicación, pero Howard quedó con el auricular en la mano hasta que, poco a poco, alargando lentamente el brazo, lo dejó en la horquilla.

Se preocupó mucho recordando la conversación que había sostenido con el señor Smith, y por primera vez en mucho tiempo, corrió en busca de una botella de *whisky* y se sirvió una ración, y más tarde se dijo que, para no pensar más en aquello, debía sumergirse en su trabajo y redactar el borrador de carta en que encomiaba las maravillosas virtudes medicinales del «Anoxon».

CAPÍTULO IV

—Howard, estás ebrio —dijo Judy Freeman.

Howard le hizo un saludo con la mano. Estaba sentado en un sillón.

Su mujer chilló:

—Pero ¿qué es lo que has hecho, Howard?

—Bebí un vaso.

—Uno detrás de otro.

—Tres nada más.

—Te estuve esperando en la puerta del laboratorio.

—Perdóname, querida, pero no pude ir.

—¿Por qué no? ¡Contesta!

—No me encontraba bien... Me sentó mal el almuerzo.

—¿Simplemente eso? Te sentó mal el almuerzo y te pusiste a beber *whisky*. Anda, ven, te daré una ducha.

—¿Tú?

—¡Sí, yo!

—No soy un niño, Judy.

—Tengo mis dudas.

—Judy, por favor, ¿quieres dejarme? Si he de tomar una ducha, la tomaré yo solo.

—Claro, y serías capaz de matarte si pisas la pastilla del jabón.

—¡Oh, no! —gritó Howard.

—Eh, ¿qué te pasa? ¿Por qué chillas de esa forma?

Había gritado de aquella forma porque Judy había hablado de la muerte.

—¿Por qué me miras así, Howard?

—¿De qué forma te miro?

—Parece que se te vayan a caer los ojos.

Howard se pasó una mano por la cara. Si continuaba en aquel estado, Judy terminaría por sospechar.

Ella lo cogió del brazo y lo acompañó hasta el cuarto de baño.

—Desnúdate, Howard.

—No quiero.

—Oye, Howard, no empieces otra vez con niñerías... No puedo dejarte solo. Apenas puedes dar un paso.

Howard se desnudó y Judy le dio la ducha. Sí, ella se ocupó de todo: de abrir la llave del agua fría y la del agua caliente, y luego lo secó.

Howard estaba muy cansado y se acostó, pero no se durmió enseguida. Pensó en Judy, en que ella iba a morir. Oh, no, no lo podía consentir. Judy tenía sus defectos, pero lo quería. Ahora se lo diría. Sí, le diría lo que le había pasado, y ella se ocuparía de llamar a la policía para que la defendiese del señor Smith y de sus asesinos. Al diablo con el cine. Después de todo, podía equivocarse. ¿Cuántas personas creían ser grandes directores o grandes actores y, al llegar el momento de demostrarlo, sólo probaban su inutilidad?

—Judy —dijo con voz somnolienta—, quiero confesarte algo.

Su mujer no le respondió.

—Judy, ¿dónde estás?

Ella había salido de la habitación.

Bien, se lo diría al día siguiente, durante el desayuno, y no permitiría que Judy fuese al laboratorio y todo se arreglaría.

Se quedó dormido.

Al día siguiente, al despertar, tenía un fuerte dolor de cabeza. Consultó el reloj. Eran las nueve y Judy salía de casa a las ocho.

Saltó de la cama y se puso el batín.

Encontró a la doncella junto a la habitación de su mujer.

—¿Y la señora?

—Se fue como siempre, a las ocho.

—Dios mío...

—¿Ocurre algo, señor?

—No. Nada.

Howard marcó el número del laboratorio.

—Soy el señor Freeman. ¿Con quién hablo?

—Con Nancy Karrington, señor Freeman.

—Por favor, quiero hablar con mi mujer.

—Lo siento, señor Freeman, pero su esposa salió.

—¿A dónde?

—Creo que tenía que ir al Banco y a otros sitios.

Howard sintió una fuerte opresión en el pecho.

—¿No sabe a qué otros sitios, señorita Karrigton?

—No, señor Freeman. Su esposa no lo dijo.

—Gracias.

Marcó el número del Banco Continental y estableció comunicación con uno de los empleados a quién conocía. Gene Fossey. Se dio a conocer.

—Señor Fossey, ¿estuvo ahí mi mujer?

—Sí, pero ya se fue.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos quince minutos.

—¿No dijo a dónde iba?

—Dijo que tenía que hacer unas compras.

—Gracias, señor Fossey.

¿Qué hacer para impedir que Judy muriese? ¡Marcar ría el número de Scotland Yard! Pero ¿qué les podría decir? «Oigan, mi mujer va a ser asesinada por el señor Smith». «¿Quién es el señor Smith?». «Pues no lo sé, pero representa a una agencia que se dedica al asesinato». Oh, no, no serviría de nada. ¿Cómo iban a dar con Judy?

Además, eso sería una confesión por su parte. ¿No había consentido en que diesen muerte a Judy?

No tenía solución.

Whisky. Necesitaba otra vez el *whisky*. Se pondría tan borracho que olvidaría aquellos momentos.

Se estaba sirviendo una ración cuando sonó el teléfono, y recibió tal susto que el vaso se le cayó al suelo.

El timbre seguía sonando.

Pensó que pudiese ser Judy. Sí, podía ser ella. Había olvidado alguna cosa o lo llamaba para interesarse por su salud.

—¡Judy! —gritó por el auricular en cuanto descolgó.

—Soy el señor Smith, señor Freeman.

Howard sintió un dolor en el estómago.

—Señor Smith, ¿ya lo hizo?

—No, señor Freeman.

—Menos mal.

—Surgió un pequeño contratiempo, pero no tuvo importancia;

por eso le avisamos. No será hoy. Será mañana.

—No, señor Smith, no será mañana.

—¿Qué quiere decir?

—Está claro: que rescindo mi compromiso con usted.

—Oh, no, señor Freeman, no puede hacer eso...

—¡Claro que lo puedo hacer y lo hago!

—Nuestros clientes no pueden volverse atrás.

—¿Quién es usted para hablarme así? Parece como si estuviese discutiendo acerca de una mercancía. ¡Y es de la muerte de lo que estamos hablando, señor Smith! Da la casualidad de que la muerta puede ser mi mujer y yo la quiero viva...

—Señor Freeman, me di cuenta ayer de que es usted una persona muy nerviosa. Comprendo su excitación, pero ya se le pasará.

—¡No se me va a pasar!

—Con algunos nos ha ocurrido con anterioridad, y todos, más tarde, quedaron satisfechos...

—Yo no me voy a quedar satisfecho porque ustedes no matarán a Judy.

—Vamos a matarla, señor Freeman. Le he dicho que nosotros nunca nos volvemos atrás. Y será mañana.

—Avisaré a la policía.

—Si avisa a la policía, ellos sabrán que usted ha ordenado la muerte de Judy. Hágales una confesión en toda regla. ¿Cree usted que le servirá su arrepentimiento cuando Judy esté muerta?

—Pero ellos la librarán de ustedes.

—No pueden librarla.

—La encerrarán.

—Pueden encerrarla, pero, cuando salga, la mataremos. Por otra parte, dudo mucho que la encierren. Ni su propia mujer le creería. Es usted quien puede acabar encerrado, y no precisamente en la cárcel, sino en una clínica de enfermos mentales. Señor Freeman, le hemos hecho una buena oferta y usted debe admitirla. Su esposa será muerta conforme a lo planeado, y las instrucciones de hoy sirven también para mañana. No intente absolutamente nada. ¿Entiende, señor Freeman? No lo intente, porque no va a impedir que Judy muera. Buenos días, señor Freeman.

—¡Espere! ¡Espere!...

Sin embargo, ya habían colgado.

Howard golpeó repetidamente la horquilla, pero con eso no consiguió restablecer la comunicación.

Se dejó caer en una silla. Estaba atrapado. El señor Smith era un asesino que no vacilaba ante nada. Judy estaba sentenciada a muerte y su apelación había sido rechazada. El señor Smith había sido muy claro, rotundo. Nadie libraría de la muerte a Judy, ni siquiera Scotland Yard. Y lo peor era que el desconocido tenía razón con respecto a que no le creerían. Ni siquiera Judy estaría dispuesta a admitir su relato.

Bebió la ración de *whisky*. Otra vez empezó a sentirse mareado, como la noche anterior.

De pronto se abrió la puerta de la biblioteca y apareció Judy.

—¡Judy, querida!

Dio un traspié y cayó en la alfombra, derramando el *whisky*.

—Howard, ¿otra vez?

—Lo siento, Judy, pero tenía que beber.

—Howard, no conocía ese aspecto tuyo.

—Lo necesitaba.

—Claro, todos los que se encuentran en tu situación lo necesitan.

—Judy, tú no sabes nada, pero ahora lo vas a saber.

—Sólo vine a traer las compras que hice. Regreso al laboratorio inmediatamente y tú harás bien en acostarte y dormir. Quiero verte esta tarde en el laboratorio completamente sereno. ¿Lo entiendes?

—Judy, te quieren matar... Un hombre me llamó por teléfono... Se llama el señor Smith. Yo no lo conozco. Nunca lo he visto. Pero me dijo que te mataría...

—¿De veras?... Qué gran noticia...

—Judy, ¿es que no me crees?... Tengo que contártelo todo, pero has de escucharme. Es muy en serio. Te lo aseguro.

—Está bien. Ya me lo contarás a la noche. Ahora no tengo tiempo de oír tonterías.

—¡No es una tontería, Judy! ¡Te lo juro!... Se dedican a eso, a dejar viudos. Y cobran un precio bastante equitativo, teniendo en cuenta el riesgo que corren y las ganancias que obtiene uno...

—Ya has estado pensando otra vez en el cine.

—¡No, Judy! ¡Te aseguro que no se trata de un guion

cinematográfico salido de mi mente, sino de algo real!

—Hasta luego, Howard. Me espera trabajo en el laboratorio.

—¡Judy, escúchame! ¡No te vayas todavía!

Sin embargo, su mujer salió muy aprisa de la biblioteca y cerró a sus espaldas.

Howard no trató de seguirla. Era inútil. ¿No se lo había dicho ya el propio señor Smith? Ella no le creería una sola palabra, y tampoco lo creerían en Scotland Yard. ¿Quién iba a creer que existía una agencia que se dedicaba a fabricar viudos?

¿Quién le podría ayudar? ¿Quién? Nadie, absolutamente nadie. Oh, no, existían los investigadores privados, y ellos no trabajaban para Scotland Yard. ¿Cómo no lo había pensado antes? Claro. Ésa era la solución. Pero ¿a cuál elegiría? No conocía a ningún investigador privado. Tendría que recurrir a la guía telefónica, y una vez elegido, iría a su oficina. Aquel asunto tendría que plantearlo personalmente. Si usaba el teléfono, el investigador lo tomaría también por un chiflado.

Encontró la sección que buscaba. Había un montón de nombres, docenas y docenas de investigadores privados. Demonios, nunca pudo imaginar que existiesen tantos.

¿Cuál elegía? Bueno, que la suerte decidiese.

Cerró los ojos y marcó con el dedo.

El Destino decidió en favor del investigador privado que respondía al nombre de Alan Crawford.

CAPÍTULO V

—Señor Crawford, es la tercera media que me rompe este mes.

—Eso es culpa tuya, porque no estás en la posición adecuada, Marjorie.

Alan Crawford, investigador privado, estaba sentado en un sillón de cuero y sobre sus piernas tenía a Marjorie, su secretaria.

No le dictaba ninguna carta. La estaba besando.

—Señor Crawford, lo único que puedo decirle es que no gano aquí ni para medias. Me debe tres meses de sueldo.

—Cariño, muy pronto saldremos de la penuria.

—¿Cuántas veces me lo ha dicho?

—Pero nunca te lo dije así —repuso Alan, y volvió a besar a su secretaria.

Ella era rubia, bonita, con ojos verdes y boca en forma de hociquito.

—Señor Crawford, me falta el aire...

—Entonces necesitas la respiración artificial, de boca a boca —dijo Alan, y volvió a sellarle los labios.

En aquel momento se abrió la puerta y un hombre carraspeó.

Marjorie apartó su rostro del de Alan, pero siguió sentada en las rodillas de su jefe.

Por su parte, Alan Crawford miró al recién llegado y dijo:

—No le oí llamar.

—Perdone, llamé fuera y, como no respondió nadie, entré... Estoy un poco nervioso... Siento haber molestado. Si quiere salgo otra vez y vuelvo a llamar.

—Oh, no, de ninguna forma, señor...

—Howard Freeman.

—Verá, señor Freeman, mi secretaria y yo estábamos preparando un número que pondremos en práctica en el peligroso caso de que nos ocupamos... Hay que ensayar mucho para que las

cosas salgan como uno ha pensado.

La joven, después de arreglarse la falda, dirigió una mirada de reconvención a su jefe.

El hombre llamado Freeman sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Si están ustedes ocupados con un caso, tendré que buscar a otro investigador privado. Buenos días, señor Crawford. Siento haberles molestado. Ya pueden continuar el ensayo.

Freeman empezó a volverse. Crawford saltó del sillón, cruzó como un rayo la estancia y cogió del brazo a su visitante.

—Señor Freeman, el caso al que nos referimos se está terminando ya. En media hora, habrá quedado completamente liquidado. Con ello quiero decir que estoy libre y dispuesto a escucharle.

—¿De veras, señor Crawford?

—Sí.

—No sabe cuánto me alegro. La verdad es que tendría que haberlo echado otra vez a suerte.

—¿A suerte?

—Quiero decir que cerré los ojos, dejé caer el dedo en la guía telefónica y resultó elegido usted.

—No me extraña que diga eso, señor Freeman. Yo siempre he sido un hombre afortunado. —Al decir eso, Alan desvió los ojos hacia la espléndida figura de Marjorie—. ¿Quiere sentarse, señor Freeman?

—Con mucho gusto.

Howard ocupó el sillón de cuero en que Alan Crawford había ensayado el número con la secretaria.

El investigador privado dio la vuelta a la mesa y ocupó la silla giratoria.

Freeman carraspeó de nuevo.

—Señor Crawford, si no le importa, desearía hablar con usted a solas.

Alan dirigió una mirada a Marjorie y ésta caminó hacia la puerta, pero antes de salir le sacó la lengua a su jefe.

—Dígame qué puedo hacer por usted, señor Freeman —dijo Crawford.

—Impedir que maten a mi mujer.

—Vaya, eso es fuerte. ¿Y quién la piensa matar, señor Freeman?

—Una agencia que se dedica a eso. ¿Verdad que parece absurdo, señor Crawford? Sin embargo, es la verdad. La agencia está dirigida por un tal señor Smith. Ellos matan a mi mujer, yo la heredo, y a cambio les pago un diez por ciento de la herencia. Veinticinco mil libras.

Freeman soltó todo aquello sin detenerse. Hizo una pausa y, como Crawford no replicase, dijo:

—¿Le parezco un loco, señor Crawford?

—¿Lo está, señor Freeman?

—De ninguna forma, pero mi historia es inverosímil.

—Señor Freeman, yo le creo.

—¿Por qué?

—Porque es mi deber creer lo que me cuenta la persona que necesita mi ayuda. He tenido clientes muy extraños, señor Freeman.

—Debo de ser el más extraño de todos.

—Le aseguro que no, señor Freeman. Por favor, cuéntemelo todo desde el principio. De vez en cuando yo le interrumpiré para puntualizar, ¿de acuerdo, señor Freeman?

—Sí, señor Crawford... —Freeman se humedeció los labios con la lengua—. Verá, señor Crawford... Yo estaba en mi casa escribiendo unas cartas ensalzando las virtudes de un nuevo medicamento, el «Anoxon», cuando...

Durante los siguientes treinta minutos, Howard Freeman explicó cuanto le había acontecido a partir desde el momento en que le habló por primera vez el señor Smith. Alan Crawford lo interrumpió algunas veces para aclarar varios puntos. Por fin, Freeman terminó su relato.

—Señor Crawford —dijo con voz temblorosa—, estoy arrepentido...

—Si no lo estuviese, no estaría aquí, señor Freeman.

—Pero mi arrepentimiento no va a bastar para salvar a Judy.

—No se preocupe. Eso será cuenta mía.

—¿La salvará usted?

—Haré todo lo posible.

—Eso no me basta, señor Crawford. No quiero que Judy muera.

—Yo hablaré con ella.

—¿Le dirá la verdad?

—Sólo a medias. Quiero decir que lo dejaré a usted fuera.

—¿Y cómo me va a dejar fuera?

—Simplemente le diré que el asesinato se lo impusieron a usted y que usted se negó a aceptar la oferta de la agencia del señor Smith.

—Judy pensará que yo debí haber acudido a Scotland Yard.

—Me ha contado el diálogo que sostuvo con su mujer hace unas horas. Ella no le hizo caso porque creyó que estaba ebrio. Usted no podía acudir a Scotland Yard porque tampoco lo habrían tomado en serio. Ahora debe irse a su casa y permanecer allí por si lo necesito.

—Sí, señor Crawford, pero voy a estar muy nervioso.

—No beba más. Recuerde lo que le pasó con Judy.

Debe estar completamente sereno para cuando ella regrese esta noche al hogar.

Freeman se levantó.

—Es usted muy amable al aceptarme como cliente. A propósito. Le he traído veinte libras.

—De momento bastarán. Ya arreglaremos el asunto de los honorarios cuando todo haya concluido.

Freeman le entregó las veinte libras.

—Le haré un recibo —dijo Alan.

—No hace falta, señor Crawford.

Freeman fue acompañado por Alan a través de la pequeña oficina en que se encontraba Marjorie hasta la puerta que comunicaba con el corredor.

—¿Cuándo tendré noticias tuyas, señor Crawford?

—En cuanto pueda.

—Espero que sean buenas.

—Descuide, señor Freeman. A partir de ahora deje que sea yo quien me preocupe.

—Le repito otra vez mi agradecimiento —dijo Freeman y se marchó.

Alan Crawford se volvió hacia su secretaria y ésta, con los brazos cruzados, dijo señalando el interfono:

—Lo escuché todo. No sabía que fuese siquiatra, jefe.

—¿Por qué dices eso?

—¿Por qué va a ser? Por ese loco que se acaba de marchar.

—Te voy a decir algo, Marjorie. Yo tampoco le creí.

Marjorie hizo un gesto de asombro.

—Entonces, ¿por qué lo admitió como cliente?

—Porque no cuesta nada hacer una comprobación.

—Pero en este caso, ¿cómo lo va a comprobar?

Alan se inclinó sobre Marjorie y la besó en los labios entreabiertos.

Al separarse, ella gritó:

—¡Jefe, ya se me cargó la otra media!

CAPÍTULO VI

Nancy Karrigton se había licenciado en Ciencias Químicas cuatro meses antes y ya estaba trabajando para Judy Freeman en los Laboratorios Colman.

Eso se debía a que Nancy había obtenido las más brillantes notas de su promoción, y Judy se preciaba de tener a su lado al mejor personal.

Aquel día Nancy cumplía los veinticuatro años y estaba muy contenta porque iba a cenar con uno de sus compañeros que la había invitado, otro químico, Danny Gars, un hombre de treinta años, alto, con gafas, un pozo de cultura porque, además de química, sabía filosofía, literatura, historia...

—¿Cómo va esa reacción, Nancy? —le preguntó Judy.

Nancy levantó la probeta en la que un líquido verde había entrado en ebullición.

—Me temo que he fracasado, señora Freeman, y es la quinta vez.

—Inténtalo de nuevo.

—¿Cree que valdrá la pena?

—Estabas muy esperanzada en lograr ese reactivo, Nancy. No debes desanimarte. Sé que estabas en el buen camino. La fórmula me pareció correcta, pero quizá nos equivocamos las dos. Suprime un poco de ácido.

—Creo que tiene razón. Lo intentaré de nuevo con menos ácido.

—Si consigues algo, estaré en el laboratorio C.

—De acuerdo, señora Freeman.

—A propósito, Nancy. Estoy esperando a John Beal, presidente de una firma importante de especialidades farmacéuticas de Manchester, la Goodis Company. Están muy interesados en el «Anoxon». He dicho en la oficina central que te encargarás de darle las explicaciones científicas. Ya sabes que yo le huyo a esas cosas. Una vez que haya terminado contigo, acompáñalo a mi oficina.

—Sí, señora Freeman.

Nancy quedó a solas en la sala y empezó a hacer aquella combinación, en cuyos resultados había fallado cinco veces.

—Hola —dijo una voz masculina.

Volvió la cabeza y vio a un hombre que la estaba mirando con una sonrisa.

—Buenas tardes —repuso Nancy—, lo estaba esperando.

Alan Crawford enarcó las cejas porque apostó a que aquella chica no lo estaba esperando, entre otras cosas porque había entrado en los laboratorios diciendo su nombre, pero agregando que era representante de un almacén de drogas de Liverpool. Una empleada pecosa lo había mandado a aquel laboratorio porque le dijo que momentos antes había visto entrar allí a la señora Freeman.

—Soy Nancy Karrington, señor Beal —dijo la joven y le tendió la mano.

Alan la apretó, percatándose de la confusión.

—Encantado, señorita Karrington.

Estaba admirando la figura de la joven. Era realmente prodigiosa. Demonios, no sabía que las científicas tuviesen aquel tipo. Nancy era esbelta, de rostro bellísimo, grandes ojos negros y boca maravillosa, de labios muy rojos y gordezuelos. El busto era prieto e insultante, quizá porque la bata blanca le estaba un poco pequeña.

—La señora Freeman me ha encargado que lo recibiese a usted para explicarle nuestro último producto, el «Anoxon».

Alan no estaba allí por el «Anoxon», sino para hablar con Judy Freeman acerca del supuesto atentado que iba a sufrir, un atentado mortal. Pero la señorita Karrington era tan hermosa que decidió escucharla. Valía la pena, y por otra parte, el accidente que sufriría la señora Freeman no ocurriría hasta el día siguiente, suponiendo que la historia de su cliente fuese cierta.

—Cuando usted quiera, señorita Karrington.

—Acérquese.

Alan dio unos pasos y se quedó casi pegado a la joven.

—No me refería a mí, sino a la mesa, señor Beal.

—Qué pena —dijo Alan.

La joven se turbó un poco. Aquel hombre era demasiado

impulsivo.

Fue ella quien se apartó de él y se acercó a la mesa en donde había varias muestras del «Anoxon».

—Aquí tiene las cuatro fases de la fabricación del «Anoxon», señor Beal. En la primera combinamos el extracto hepático en una cantidad de 4,16 y 20,8 mcg, con 15 mcg, de vitamina B 12 y 0,5 mg, de vitaminas B 2.

Alan inclinó la cabeza por el hombro de Nancy y ella, al volverse, casi lo besó.

—Oh, perdón —dijo la joven.

Alan la cogió por el brazo.

—No se preocupe —para disimular miró el frasco que ella tenía en la mano, el de la primera fase—. Tiene un color muy bonito.

—¿Un color? —repitió ella cada vez más turbada por la proximidad del joven—. Oh, sí, tiene un color... Pasemos a la segunda fase.

—Yo ya estoy preparado —dijo Alan, mirándola fijamente a los ojos.

—La preparación del preparado fue una preparación... Perdona, estoy un poco nerviosa.

—No se preocupe, señorita Karrington. Aquí estoy yo para ayudarla. Usted ha querido decir la combinación.

—Eso es, la combinación del preparado que prepararé... Señor Beal, está usted demasiado cerca de mí.

—Es que no quiero perderme nada. Animo, señorita Karrington. Lo está haciendo muy bien.

Nancy dejó la primera botellita y cogió la segunda.

—En esta segunda fase sumamos lo conseguido anteriormente con un miligramo de vitamina B6, y 2 miligramos de vitamina P.

—Qué barbaridad.

—¿Por qué le parece una barbaridad, señor Beal?

A Crawford le parecía una barbaridad la belleza de la joven, pero no se lo dijo.

—Usted ha trabajado duro, señorita Karrington.

—Sí, muy duro.

—Pues hay que relajarse.

—Ya estoy relajada.

—Magnífico —dijo Alan.

Toda aquella conversación la sostenían mirándose a los ojos, las caras muy juntas, y entre la boca masculina y la femenina sólo mediaban unas pulgadas.

—Señor Beal...

—Dígame, Nancy.

—Queda el pantotenato.

—¿Qué pantotenato?

—El cálcico.

—¡Al diablo con el pantotenato cálcico! —dijo Alan y besó la boca de Nancy.

La joven se dejó besar, pero en un momento determinado echó atrás la cabeza y dijo:

—¡Señor Beal, no vino usted aquí a eso!

—Pues ya cambié de opinión.

—Le prohíbo que sea tan frívolo, señor Beal. Se supone que ésta es una reunión científica.

—Estoy de acuerdo con usted.

—¿Por qué, si está de acuerdo, me ha besado?

—He oído decir a ustedes que un beso es un intercambio de microbios.

—No le entiendo.

—Es la mar de sencillo. Quiero llevarme un montón de microbios de su boca —dijo Alan y la volvió a besar.

Esta vez Nancy no se estuvo quieta. Le pegó una patada en la espinilla.

Alan pegó un chillido y saltó a la pata coja.

—Señorita Karrington, ¿cómo se atreve a hacer eso con un cliente?

—Usted es algo más que un cliente.

—¿Qué cosa?

—¡Un fresco!

—No se ponga usted así, Nancy. No tiene ningún derecho.

—¿Qué no tengo ningún derecho?

—Usted tuvo la culpa, Nancy.

—¿Qué yo tuve la culpa?

—Dijo que me acercase.

—A la mesa, a las muestras...

—Sí, eso hice, acercarme a la mesa y a las muestras, pero usted

estaba por medio y fue como si me pusiesen en contacto con...

—¡No lo diga!

—Está bien. No lo diré. Lo dejaré para otra ocasión.

—¡No habrá otra ocasión, señor Beal! Y entérese de esto. Ya terminó el experimento, y si no quiere hacer un pedido de nuestro producto, compre usted a nuestros competidores. Se lo diré a la señora Freeman.

—No se preocupe. Yo seré quien la informe.

—¿Y qué le va a decir?

—Que es usted maravillosa a pesar del pantotenato cálcico.

Ella levantó la barbilla.

—No crea que va a conseguir nada halagándome.

En aquel momento entró Judy Freeman.

—Nancy, se me olvidó decirte... Oh, perdón, creí que estabas sola.

—Informaba al señor Beal.

—¿Al señor Beal? —Judy miró el rostro del joven—. Perdona, Nancy, pero este caballero no es John Beal.

—¿Qué no es...? —La joven hizo un gesto de sorpresa.

Alan se miró la punta de los zapatos mientras carraspeaba y luego dijo, alzando los ojos:

—Ha sufrido una confusión, Nancy. Soy Alan Crawford, un representante de un almacén de drogas, y venía a hablar con la señora Freeman para ofrecerle mi mercancía.

—¿Usted... usted es un droguero?

—No lo diga así. Los drogueros también tenemos nuestro corazoncito...

Judy Freeman intervino de nuevo.

—Señor Crawford, ¿quiere acompañarme a mi oficina?

—Con mucho gusto, señora Freeman.

Primero salió Judy, y Alan, antes de ir tras de ella, se volvió hacia la joven y le guiñó un ojo.

—Ya nos veremos.

—¡Nunca más! —exclamó ella con el mismo tono que Juana de Arco cuando sus juzgadores le pidieron que se retractase.

Alan se encogió de hombros y fue con Judy.

La señora Freeman se sentó tras una mesa llena de papeles y de muestras de laboratorio, y Crawford lo hizo en un sillón.

—Éste es un estupendo sitio para matar, señora Freeman.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a que en su laboratorio debe tener elementos químicos suficientes para hacer volar el edificio, y algunas casas más que se encuentren en las inmediaciones.

—Sí, señor Crawford, efectivamente, pero ese peligro existe en todos los laboratorios químicos. Y como en los demás, aquí tenemos nuestro sistema de seguridad.

—Que sólo será seguro hasta cierto punto.

—No le entiendo.

—Si alguien intentase un sabotaje difícilmente podrían evitarlo, ¿no es así, señora Freeman?

Judy arrugó el ceño.

—Señor Crawford, es usted un hombre muy extraño para ser representante de un almacén de drogas. ¿Qué es lo que ha venido a ofrecer usted?

—¿Tiene usted potasio?

—Sí.

—¿Sodio?

—También.

—¿Manganeso?

—Claro que tengo manganeso.

—Sí, ya lo veo, todo ser humano tiene esas materias. Pero, si a usted la hacen explotar, el potasio, el sodio, el manganeso y lo demás se irá por los aires.

Judy se levantó de un salto.

—Señor Crawford, ¿quién es usted realmente? Tengo la ligera idea de que no tiene la menor noción de lo que supuestamente representa, las drogas.

—Muy bien. Las cartas boca arriba. He venido a protegerla, señora Freeman.

—¿De quién?

—Del señor Smith.

—¿Quién es el señor Smith?

—Su esposo le habló de él.

—Dios mío, ¿cómo no lo pensé antes?... De modo que mi marido le contó esas tonterías que se le metieron en la cabeza.

—¿Por qué piensa que son tonterías?

—Porque no tenían sentido alguno. Y especialmente, porque me las dijo cuando estaba ebrio...

—Señora Freeman, voy a ser sincero con usted. Yo también creí que a su marido le funcionaba mal la cabeza. Soy investigador privado y él vino a mi oficina para manifestarme sus temores acerca de usted. Él me habló de una agencia que dirige el señor Smith, una agencia que tiene por objeto desunir al matrimonio de una manera muy original, matando a uno de los cónyuges.

—Señor Crawford, ya oí bastantes estupideces.

—Cree que son estupideces, ¿eh?

—Le ruego que salga.

—No saldré hasta que me haya escuchado el final.

—Le advierto que tengo un portero que fue luchador de *catch*.

—Pues tráigalo. Hace mucho tiempo que no me entreno.

—¿Cree que sólo se trata de una amenaza? —Judy descolgó un teléfono—. ¿Está por ahí Spencer?... Que venga inmediatamente.

Alan sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Señor Crawford, está perdiendo un tiempo precioso.

—Me está pagando su esposo, señora Freeman.

—En cuanto llegue a casa, Howard me va a oír muchas cosas desagradables.

—Eso es lo que no tiene que hacer, gritar a su esposo, tratarlo como si fuera un muñeco.

—¿Eso le dijo él?

—No, señora Freeman, pero conociendo a Howard y hablando con usted, hay cosas que resultan evidentes, y empiezo a admirar a su esposo. Debe quererla mucho para haber rechazado una oferta como la del señor Smith.

—¡Es usted un monstruo, señor Crawford!

—¿Su esposo heredaría doscientas veinticinco mil libras si usted muriese, señora Freeman?

—Doscientas cincuenta mil es el valor de venta de este laboratorio.

—Eso ya lo sabía la agencia Smith y descontaron veinticinco mil libras. El precio de su muerte.

La puerta se abrió dando paso a un hombre de dos metros y fuerte como un orangután.

—¿Me llamaba, señora Freeman?

—Saca de aquí a este hombre, Spencer.

Spencer miró al joven que estaba sentado en el sillón y preguntó:

—¿Cómo lo debo sacar, señora Freeman? ¿Arrastrándolo por las piernas o cargándomelo sobre el hombro?

—Espero que él salga por sus propios medios, Spencer. Sólo tendrá que acompañarte.

Alan se puso en pie, dio una chupada al cigarrillo y dijo:

—No, señora Freeman, no iré con Spencer. Ya le he dicho que todavía no terminé de exponerle el asunto. Quiero que escuche unos datos de cierta estadística.

—¿Estadística? ¿Qué estadística?

—La de viudos que se han producido durante los últimos cinco años.

—No me interesa, señor Crawford... Spencer, sácalo de aquí como puedas.

Spencer se puso en marcha escupiéndose en las dos manos.

—Eso está feo, Spencer —le reconvino Alan—, y no se debe hacer delante de una dama.

—Yo te voy a dar a ti educación, caballere.

Spencer se abalanzó sobre Alan con los brazos abiertos para darle el abrazo del oso. Pero Crawford no se dejó abrazar. Por el contrario, le pegó un derechazo en el hígado y le percutió con el otro puño en el riñón.

Spencer retrocedió como si hubiese sido cocado por una mula y estrelló las espaldas contra la pared. Por un momento pareció que se había producido una explosión en el laboratorio, la misma a cuyos efectos se había referido Alan.

El rostro de Spencer se puso verde.

—Spencer, ¿qué te pasa? —exclamó Judy.

—No ha sido nada, señora Freeman —tartamudeó el grandullón—. Me descuidé un poco, pero ahora ese tipo verá cómo las gasto yo.

Echó a correr como un bisonte enloquecido y su propósito era aplastar a Crawford, convertirlo en chatarra.

El investigador privado continuaba con el cigarrillo en los labios, pero se agachó muy oportuno y se levantó también muy oportunamente, justo cuando sintió el peso de Spencer en sus

espaldas.

Judy Freeman vio asombrada cómo el exluchador de *catch* emprendía un vuelo increíble teniendo en cuenta su peso. Casi llegó a tocar el cielo raso y luego aterrizó sobre una silla que convirtió en pedazos y que, a partir de ese momento, sólo serviría para mondadientes. Los males de Spencer no acabaron ahí, ya que rodó un poco más y su cabeza chocó contra la pared, giró un poco para que lo viesen bizquear y se derrumbó soltando un mugido como una res.

—¡Señor Crawford, es usted un bruto! —gritó Judy Freeman.

—Oh, sí, claro, soy un bruto por hacer daño a su señorita de compañía. ¿Me va a escuchar ahora?

—¡Ni hablar! Ahora menos que antes.

—Entonces no tendré más remedio que pegarle unos azotes.

—¿En dónde?

—Aquí, y en salva sea la parte.

—¡Atrévase!

Alan empezó a andar hacia la bella Judy.

—Si me toca, le juro que me las va a pagar.

Al ver que Alan seguía andando, lanzó un chillido y trató de escapar pero ya era tarde, y Crawford cayó sobre ella y la atrajo hacia sí, al mismo tiempo que se dejaba caer en el sillón.

Crawford tuvo a Judy como la debía de tener para pegarle los azotes. Y se los pegó.

—¡Salvaje! ¡Animal!

—Yo hago siempre lo que prometo —dijo Alan, y agregó un azote más—. ¿Me va a escuchar la estadística?

—¡Sí!

—Prométalo.

—¡Se lo juro!

Alan la dejó libre y la joven se tambaleó.

—¡Es usted un miserable! ¡Y quiero perderlo de vista cuanto antes!

—Juró que me iba a escuchar, Judy.

—¡Está bien! ¡Suelte su condenada estadística!

—Tranquilícese primero.

—Sólo me tranquilizaré cuando se haya largado.

—Haga un esfuerzo. Necesito que se calme para que oiga bien lo

que le debo decir. Respire hondo.

Judy fue a replicar tan desabridamente como hasta entonces, pero decidió respirar como Alan le aconsejaba.

—Empiece de una vez, señor Crawford.

—Todavía no está del todo calmada, pero empezaré o estaríamos aquí toda la tarde. —Alan hizo una pausa—. El número de viudos ha aumentado en los últimos cinco años. Es un hecho que he comprobado antes de venir aquí, en el departamento correspondiente del Municipio. En el 65 el aumento fue de un siete por ciento, en el 66 fue de un ocho por ciento sobre el año anterior, y en el 67 un nueve por ciento sobre el 66.

—¿Es eso todo?

—No he podido investigar más, de momento, porque me interesaba hablar con usted cuanto antes.

—Sus estadísticas no dicen nada. Es lógico que aumenten los viudos, puesto que ha ido aumentando la población.

—¿Y por qué entonces no aumentaron las viudas?

—¿Eh?

—Lo que oye, señora Freeman. En las viudas ha habido una disminución si tomamos esos tres años. Siempre la cifra ha sido menor, lo cual es más lógico, puesto que está en relación con el aumento de la longevidad, y también en relación directa con los mayores cuidados de la salud y la mayor abundancia de medicinas para toda clase de enfermedades. Ahí está lo extraño de la estadística, la comparación entre los viudos y las viudas. Si aumentaron los primeros, también debieron aumentar ellas.

—De modo que está dispuesto a admitir la existencia de ese señor Smith.

—Digamos que estoy más predispuesto a creerlo que cuando me habló su esposo.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida.

—De todas formas tomaremos precauciones.

—¿Qué precauciones?

—La vigilaré a usted.

—¿Vigilarme a mí? ¿Para qué?

—Para que no la maten.

—¡No lo voy a consentir, señor Crawford!

—Me importa un rábano que lo consienta o no. Su esposo me

pagó para eso. Seré su guardián hasta que desaparezca el peligro.

—Ese peligro sólo existe en su mente calenturienta. Y ahora mismo voy a llamar a la policía para que lo arroje de aquí.

—No intente coger el teléfono o la azoto otra vez.

—Voy a coger el teléfono.

Judy se abalanzó sobre el receptor, pero Alan se movió muy aprisa y la atrapó antes. Esta vez no se sentó en el sillón. Hizo doblar a la joven arisca en la misma mesa y le pegó los azotes.

En ese momento entró Nancy y abrió unos ojos como platos al ver la escena.

—Señor Crawford, ¿qué está haciendo? —exclamó.

—Imponiendo el orden, nena, imponiendo el orden... Judy Freeman dio un chillido.

—¡No cogeré el teléfono! ¡Se lo prometo!

—De acuerdo, señora Freeman —repuso Alan y se retiró.

Nancy todavía no había salido de su sorpresa, pero sólo había prestado atención a lo que estaba haciendo Alan con su jefe, y ahora se dio cuenta de la forma en que Spencer se encontraba.

—Señora Freeman, ¿puedo hacer algo por usted? —inquirió.

—No, Nancy. Todo está perfecto.

La bonita Nancy parpadeó mucho, porque las palabras de Judy estaban en contradicción con lo que ocurría allí. Pero se dijo que, tratándose de aquel hombre, Alan Crawford, podía esperarse lo más extraordinario.

Salió de allí como una sonámbula.

CAPÍTULO VII

Había terminado la jornada de trabajo en el laboratorio. Nancy Karrington se despojó de la bata y se puso la chaqueta del traje sastre. Luego levantóse la falda para tensarse la media.

Entonces oyó un silbido. Miró hacia la izquierda y vio a Alan Crawford en el marco de la puerta. Era él quien había silbado y Nancy se bajó rápidamente la falda.

—Señor Crawford, ¿por qué no hizo notar su presencia?

—Por si se duchaba.

—He conocido a tipos con la cara dura, pero usted se lleva el premio.

—Pero ¿le molesta eso?

—Muchísimo. Prefiero los hombres bien educados.

—Yo soy bien educado.

—Será cuando duerma.

—Qué va. En la cama soy mucho más terrible. Ronco.

—Señor Crawford, ¿tiene usted un lío con mi jefe?

—¿Qué le hace suponer eso?

—¿Cree que estoy ciega? Vi muchas cosas. Demasiadas.

—Celosa, ¿eh?

—¿Cómo? ¿Qué...? Pero ¿quién se cree que es usted?

—¿Se lo repito?

—No, no hace falta. Lo oí perfectamente.

—Eso creí.

—Señor Crawford, es usted un engreído. ¿Y sabe lo que le digo? ¡Que me importa en absoluto la clase de relaciones que puedan existir entre usted y la señora Freeman!

—Para su tranquilidad, las relaciones que existen entre la señora Freeman y yo son absolutamente morales.

—Permita que lo dude.

—Se lo permito porque soy de los que opinan que cada cual

debe pensar lo que guste.

—Y se queda tan tranquilo, ¿eh? No le importa lo que digan de usted...

—Si me preocupase por eso, hace mucho tiempo que me habría tirado al fondo de un pozo.

—¿Y por qué no se tira ya?

—Porque usted lo sentiría mucho.

La joven apretó los dientes con rabia.

—¿Y qué le hace suponer que usted me interesa, señor Crawford? Ande, dígalos. Le desafío a que lo diga.

—Sus ojos.

—¿Qué le pasan a mis ojos?

—Adquieren un brillo diabólico cuando me miran.

—Voy a admitir eso.

—Gracias.

—Pero le explicaré por qué adquieren ese brillo diabólico.

—Adelante, Nancy. Tuve la impresión de que usted era una chica sin inhibiciones.

—Tienen ese brillo al mirarlo porque usted me resulta insoportable y porque me gustaría atraparlos por el cuello.

—¿Para qué?

—Para retorcérselos.

Alan se puso en marcha hacia Nancy.

—Eh, ¿qué hace? —gritó ella, alarmada.

—Quiero ver si es verdad que desea retorcerme el pescuezo —se detuvo y alargó la cabeza—. Ande, ahí lo tiene.

Nancy arqueó las manos sobre sus muslos. Las levantó y acercólas al cuello de Alan, pero se detuvo.

—¿No se atreve, Nancy?

—No me tienta, señor Crawford.

—Ande, sea valiente.

Nancy lo atrapó por el cuello y entonces él la enlazó por la cintura y la besó en la boca con fuerza. Las manos de Nancy seguían en el cuello de Alan, pero apretaban muy poco.

Alan apartó sus labios de los de ella y dijo:

—Así nunca me podrá estrangular, Nancy.

—Es usted odioso.

—Usted también es odiosa, Nancy —dijo Alan y la besó de

nuevo en la boca.

Una voz gritó a sus espaldas:

—¡Nancy!

Era Judy Freeman, que también se había despojado de su bata blanca, y estaba lista para salir.

Nancy retrocedió confundida, enrojando las mejillas.

Alan tosió y dijo:

—Señora Freeman, espero que no me guarde rencor porque haya robado un par de besos a una de sus empleadas.

—¿Eso hizo, señor Crawford? Pero ¿qué clase de hombre es usted...?

—Le aseguro que desde los dieciséis años ha constituido un grave problema para mí. Me han visto lo menos cuatro siquiátras y ninguno pudo solucionar el asunto. Al final visité a un siquiátra femenino y resultó mucho peor. Déjeme que se lo explique.

—No, señor Crawford, renuncio a escucharle lo que pasó entre usted y esa doctora...

—La verdad es que me quita un peso de encima, porque resulta muy penoso.

—Señor Crawford, ¿a quién quiere acompañar? ¿A Nancy o a mí?

—A usted.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

—Sí, señora Freeman... Nancy, hasta mañana.

—¿Hasta mañana? —repitió Nancy—. ¿Quiere decir que va a volver aquí?

—Tengo que hacerlo para contratar el pedido de las drogas que debo enviar a este laboratorio.

—Señora Freeman —dijo Nancy—, quisiera ver una tía que tengo enferma en Atlanta, y si me da usted permiso, viajaré esta misma noche.

Alan soltó una risita y contestó antes de que pudiera hacerlo Judy.

—Una enfermedad repentina, ¿verdad, Nancy?

—Ahórrese los comentarios sarcásticos, señor Crawford, aunque no me hacen mella.

—Huye de mí.

—¿Yo de usted?... Señora Freeman, ya se curó mi tía... Hasta

mañana.

La joven pasó muy aprisa por el lado de Alan, pero él no intentó detenerla.

Cuando Nancy hubo salido, Judy dijo:

—Usted es de los que no pierden el tiempo, señor Crawford.

—No. Es cierto, pero resulta que Nancy es justamente mi tipo,

93-55-93.

—¿La midió?

—Toda.

—No sabía que los investigadores privados llevasen también encima un metro.

—No lo llevamos, señora Freeman. Es cuestión de vista y de costumbre.

—No relaje mis profundos principios, señor Crawford.

—Estoy a su disposición, señora Freeman.

Fueron a la playa de aparcamiento y Judy se puso al volante y Alan se sentó a su lado.

Cuando viajaban hacia la casa de los Freeman, Alan encendió un cigarrillo y mientras expulsaba el humo preguntó:

—¿Qué va a decirle a Howard, Judy?

—Que es un estúpido y otras lindezas.

—¿Por qué se casó con él?

—Naturalmente porque me enamoré.

—Pero ¿ya no lo está?

—No lo sé.

—Cuando una mujer contesta eso, significa que ya dejó de amar a su esposo.

—Voy a admitirlo.

—Entonces debió divorciarse.

—¿Para qué?

—Para dejar libre a Howard.

—¿Qué haría el pobrecito? No tiene nada.

—Ya se arreglará como pueda. Por ejemplo, se puede convertir en un hombre.

—Él es un hombre.

—No, señora Freeman, su esposo es sólo un conejo asustado y fue usted quien lo convirtió en eso.

Judy frenó bruscamente el coche, y Alan tuvo que alargar los

brazos para no pegarse contra el parabrisas.

—¿Quiere matarse y ahorrar el trabajo al señor Smith, Judy?

Los ojos de la hermosa señora Freeman despedían chispas de furia.

—¿Por qué me acusa de ser la responsable de la ineptitud de mi esposo?

—Sencillamente porque tengo razón. Concédale el divorcio y dele un poco de dinero. Por ejemplo, cuatro o cinco mil libras. Con eso demostrará su generosidad con respecto al hombre que un día amó.

—No quiero discutir eso con usted.

—Yo tampoco. Era sólo un consejo.

—Guárdese. No se lo pedí.

—Usted no pediría un consejo ni aunque se estuviera muriendo.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque es una condenada orgullosa. Ya me he hecho una idea con respecto a usted, señora Freeman. Ha trabajado mucho durante estos años.

—Es cierto. Empecé con nada y ya ve lo que soy yo. Logré una importante firma en mi especialidad.

—Es atractiva, señora Freeman, y bella, y no dudo que interesará a los hombres. Pero ¿qué es lo que le pasa? Cuando ellos se le acercan y la tratan, echan a correr.

—¡Es usted un bastardo!

—Por eso no quiere renunciar a Howard, al único que la soportó.

—¡Señor Crawford, le voy a arañar la cara...!

—Si lo hace sólo se va a ganar la tercera azotaina del día. ¿Es que quiere que estemos siempre así? Voy a terminar por pensar que le gusta.

A la joven se le atropellaron las palabras en la boca y terminó por poner en marcha el auto, tan bruscamente como lo había frenado antes, y de nuevo Alan se tuvo que valer de las manos para no hacerse daño.

Ya no hablaron, y poco después llegaron a la casa.

Judy abrió con su llave y entró seguida del investigador.

—Reúnase con mi esposo, Alan.

—¿Por qué no viene usted?

—Porque hoy tienen la tarde libre la doncella y la cocinera. Tendré que hacer yo el té. Además, será mejor que hable usted primero con Howard. Al fin y al cabo es su cliente. Tendrá que decirle que logró un éxito conmigo. No quiero restar méritos a su triunfo.

La señora Freeman se marchó hacia la cocina y Crawford entró en la biblioteca.

—Buenas tardes, señor... —se interrumpió al ver a Howard Freeman inmóvil en la silla, tras la mesa.

Siguió caminando y se detuvo junto a Freeman. Le cogió una de las muñecas y notó que estaba frío como el hielo, pero eso era lógico porque a Howard Freeman le habían metido una bala en la sien derecha. Su diestra colgaba y con ella manejaba una pistola.

CAPÍTULO VIII

El muerto no había dejado ninguna nota.

Alan dio un suspiro. Aquel hombre era su cliente, el que le había pagado veinte libras por adelantado para que custodiase a su mujer en peligro de ser asesinada. Y ahora resultaba que la víctima había sido el propio Howard Freeman.

Se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo, y se dedicó a pensar.

Al cabo de unos minutos se abrió la puerta y entró Judy con una bandeja.

—Aquí está el té —dirigió una mirada a su esposo—. Querido, te veo muy serio. ¿Qué pasa?

Alan le dijo:

—A su marido le sentó mal el plomo.

—Ya le tengo dicho que no arregle los grifos. ¿Qué cosa hizo esta vez?

—No fue un trabajo de fontanería.

Judy dejó la bandeja en la mesa, delante de su esposo, mientras preguntaba:

—¿Qué fue entonces?

—Balas —contestó Crawford.

La atractiva joven miró a su marido y entonces lanzó un grito señalando la cabeza.

—¿Qué es eso, Howard?

—Howard no le puede contestar —repuso Alan—. Está muerto.

—¡Oh, no!

—Sí, Judy, completamente muerto.

—¡Dios mío!... Pero ¿qué ha pasado? ¡Yo soy la culpable! ¡Se ha suicidado! ¡Es eso, Alan!...

—¿Usted cree?

—Tenía usted razón, Alan. Yo lo convertí en un conejo y se

cansó de mí y de mi horrible forma de ser...

—No se ha suicidado, Judy.

—Tiene la pistola en la mano.

—Se la pusieron.

—¿Cómo lo sabe?

—Está la mar de claro. La persona amenazada era usted, y ahora ya le puedo hablar claro... Howard aceptó en principio la oferta del señor Smith.

—¿Quiere decir que Howard aceptó que me matasen?

—Sí, pero luego se arrepintió. Trató de romper su compromiso con la agencia de asesinos, pero el señor Smith le contestó que cumpliría su palabra y que no podía consentir que se echase atrás. Howard porfió mucho con ese desconocido, pero no le valió de nada. Usted estaba sentenciada a muerte. Howard pensó en acudir a la policía, y eso habría significado para él aceptar que en un momento determinado estuvo conforme con el crimen. Y no pensó así por miedo a las consecuencias, sino porque llegó a la conclusión de que la policía lo tomaría por un loco. Por eso acudió a mí, a un investigador privado. Confieso que tampoco estuve muy seguro de que Howard se encontrase en su sano juicio. Pero cuando examiné las estadísticas, decidí que Howard estaba tan cuerdo como yo, y que lo que me había dicho era cierto...

—¿Qué ha pasado entonces?

—El señor Smith siguió los pasos de Howard y, por lo tanto, se informó de que yo intervenía en el caso. Eso quería decir que, para el señor Smith, Howard se había convertido en un cliente peligroso y ha ordenado su desaparición. Esa agencia debe tener normas muy estrictas respecto a cómo llevar su negocio.

—Pobre Howard...

—Murió por usted.

—No diga eso.

—Es la verdad. Se lo he explicado. ¿O tiene alguna duda?

—¿Qué va a pasar ahora?

—Hay que llamar a la policía.

—Llame usted, Alan.

—No, querida, yo me voy.

—¿Qué usted se va? ¡Oh, no!

—No le hago ninguna falta y mi intervención en el crimen sólo

serviría para complicar las cosas.

—Pero usted tiene que protegerme.

—Ya no la matarán.

—Ese señor Smith cumplirá su palabra.

—Ya no hay ninguna palabra que cumplir. ¿Es que no se da cuenta? Ellos pasan la cuenta al cliente y esta vez se quedaron sin cliente porque prefirieron matarlo.

—Pero ellos supondrán que yo lo sé todo porque usted me lo ha contado. Acaba de decir que han asesinado a Howard porque el señor Smith está al corriente de que él se puso en contacto con usted.

—Sí, pero ni usted ni yo podemos probar nada.

—Le contaré la verdad a la policía.

—No puede.

—¿Por qué?

—Porque entonces sospecharán de usted.

—¿De mí?

—¿Cómo les va a endosar la historia? Ande, dígalo. ¿O se cree mejor actriz que la Taylor...? Por favor, hágame una representación para hacerme una idea.

—Váyase al infierno.

—¿Les va a decir que una tal agencia Smith dedicada a enviudar a los hombres casados a cambio de un precio eligió como cliente a Howard y todo lo demás que ya sabemos...? ¿Piensa que los policías aceptarán semejante historia...? Yo le diré lo que pensarán. Que es la mayor fábula que han oído en su vida.

—Tengo una coartada.

—¿Cuál?

—Estuve en el laboratorio.

—¿Todo el tiempo?

—Claro que sí.

—¿Alguna vez estuvo sola?

—Sí, durante un rato.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora.

—¿Y qué hizo durante esa hora?

—Un experimento.

—Pudo salir del laboratorio y venir aquí. Sólo necesitó veinte

minutos para ir y volver. Contó con diez minutos para matar a Howard y ponerle la pistolita en la mano.

—¿Usted no pensará tal cosa!

—Hace un par de horas que mataron a Howard. ¿Qué hacía usted en esos momentos? Haga memoria.

—Creo que estaba haciendo el experimento.

—Estupendo. Ande, coloque su miserable coartada a los de Scotland Yard y la detendrán en el acto como supuesta asesina de su esposo...

—Entonces, ¿qué me aconseja?

—Ya me oyó. No les cuenta nada. Vino aquí y descubrió el cadáver.

—Pero seguiré siendo sospechosa.

—¿De quién es la pistola?

—De Howard.

—¿Para qué la tenía?

—La compró hace un par de años. Se cometieron algunos robos por las inmediaciones. Un par de ladrones enmascarados entraron en las casas de las cercanías. Ésa fue la razón por la que Howard compró la pistola.

Luego los ladrones fueron descubiertos, pero mi marido se quedó con el arma.

—¿Dónde la guardaba?

—En esa mesa, en el tercer cajón.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—No sé, no recuerdo. Puede que hayan pasado dos meses, o tres...

—¿Ha disparado usted alguna vez con ella, Judy?

—Nunca.

—¿Y Howard?

—Creo que tampoco, a menos que se haya ejercitado con la pistola en algún lugar, mientras yo estaba en el laboratorio. Tenga en cuenta que Howard disponía de mucho tiempo libre.

—Sí, y ahora dispondrá de mucho más.

—Deje el humor negro.

Alan se levantó del sillón.

—También la voy a dejar a usted.

—No me ha dado ninguna solución.

—Usted no tenía ninguna razón aparente para matar a Howard. ¿Se da cuenta? Eso es lo que importa a la policía. Los motivos. Howard era el marido perfecto, quiero decir, obediente, sumiso, sin un solo amor secreto, y usted es una mujer eficiente que dedica su tiempo a trabajar en el laboratorio. Y pasaba las noches al lado de su esposo... Insista en su trabajo en el laboratorio y que repetidamente vio a sus empleados, aunque esta tarde, durante una hora, no viese a nadie...

—¿Piensa que me creerán?

—Hay otro tanto a su favor.

—¿Cuál?

—La estación de servicio que hay a dos millas de aquí. Está muy visible. Imagino que los conoce.

—Claro, me surto allí.

—¿Cuántos empleados la conocen?

—Todos, y son media docena.

—¿Existe otro camino para llegar aquí?

—Sí, pero habría tardado cuarenta y cinco minutos para venir y otros cuarenta y cinco minutos para regresar al laboratorio. Se da un gran rodeo.

—¿Lo ve? Ahora lo tiene mucho mejor. En principio no la detendrán. Admitirán su historia y harán la comprobación con los empleados del laboratorio. También tendrán en cuenta la estación de servicio y harán sus preguntas allí.

—Pero mis empleados les hablarán de usted, y los de la estación de servicio lo habrán visto viajar a mi lado.

—Sí, claro, pero yo soy un representante de un almacén de drogas.

—¿Quiere que diga eso?

—De momento sí.

—¿Y también les digo que entró usted en la casa conmigo?

—No. Yo llegué hasta la puerta de su casa y me largué. De modo que lo primero que tiene que hacer es llevarse esta bandeja con el servicio de té. No debe mezclarme en este asunto.

—¿Por qué no quiere mezclarse?

—Necesito estar en libertad para descubrir al asesino de su esposo.

—¿Quiere decir al señor Smith?

—Sí, al señor Smith.

—¿Y cómo lo va a descubrir, Alan?

Crawford exhaló el aire de sus pulmones.

—Será muy difícil, Judy. De momento no tengo ninguna pista, pero me voy a poner a trabajar inmediatamente. La llamaré esta noche para ver cómo se las ha arreglado con la policía... Hasta pronto, señora Freeman. Y suerte.

CAPÍTULO IX

—¿Señor Davis?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Alan Crawford, amigo de su difunta esposa.

—¿De Helen...? No recuerdo que Helen lo citase.

—Fuimos amigos de la infancia, Me informé por la Prensa de su muerte. Hoy tengo un rato libre, y, en fin, me llegué aquí para darle mi más sentido pésame.

—Pase, por favor, señor Crawford.

Walter Davis frisaba los cincuenta años de edad, era calvo y defendía los ojos con lentes de alta graduación.

—Estaba tomando el té, señor Crawford. ¿Quiere una taza?

—Encantado.

Mientras Davis servía el té, Alan preguntó:

—¿De qué murió Helen?

Alan sabía que la señora Davis había muerto accidentalmente, pero eso era la única nota que había podido conseguir, y lo mismo había hecho con respecto a otras cinco mujeres, y estaba haciendo aquella encuesta para establecer la forma concreta en que ellas habían pasado a mejor vida.

—Helen cayó de una escalera —le contestó el señor Davis.

—Entiendo, estaba limpiando algo.

—No. Fue la escalera del sótano. Había un peldaño podrido. Muchas veces lo quise arreglar, pero la propia Helen me decía que lo dejase para más adelante... Y ella tuvo que tropezar allí y caer rodando.

—Lo siento.

—Gracias. ¿Cuántos terrones?

—Dos. ¿Murió enseguida?

—No. Duró una hora. Tuve tiempo de llamar a una ambulancia.

—¿Pudo decir algo?

—Por fortuna estuvo consciente hasta el mismo momento en que murió. Se había roto la columna vertebral. La pobre me recomendó a su hermana. Debí conocerla usted también. Helen y Ruth estudiaron juntas.

—Oh, sí. —Alan bebió un trago del té para disimular porque no tenía la menor idea de Ruth. Y luego, aprovechando el silencio en que se había sumergido el señor Davis, preguntó con voz desprovista de emoción—: ¿Cobró algún seguro?

—Sí. Teníamos un seguro para los dos. Sólo quinientas libras. Yo pagaba una cuota muy baja. Mi profesión de electricista no me da para más, pero de buena gana hubiese enviado esas quinientas libras al infierno. Estoy muy solo, señor Crawford. Usted ya sabe cómo era Helen.

—Hace mucho tiempo que no la veía.

—Pero me dijeron que de niña era lo mismo que ahora, alegre, siempre optimista...

Alan dejó la taza en la mesa y se levantó.

—Señor Davis, le expreso de nuevo mis condolencias.

—Ha sido usted muy amable al venir, señor Crawford.

Alan estaba seguro de que Walter Davis no había sido un cliente de la agencia del señor Smith.

—¿El señor Arden?

—Sí, yo soy, pero no necesito comprar nada.

—Disculpe, me llamo Alan Crawford y no vengo a venderle ningún artículo, señor Arden. Fui amigo de su esposa Brenda. Me enteré de su accidente y vine a expresarle mis condolencias.

Carl Arden era alto, delgado, frente ancha y mejillas chupadas. No, el señor Arden no le invitó a pasar a la casa.

—¿Cuándo conoció a mi mujer, señor Crawford?

—Fue hace algún tiempo.

—¿Un admirador suyo?

—Sí.

—Brenda tenía muchos... Pero hizo mal en venir, señor Crawford. A mí me desagradaban todos y usted no queda excluido del lote...

Conque había dado con un marido celoso. Sí, aquel tipo podía ser un presunto cliente del señor Smith.

—¿Qué clase de accidente sufrió Brenda, señor Arden?

—¿Para qué lo quiere saber?

—Simple curiosidad.

—Pues no se lo voy a decir.

—No me gusta su respuesta, señor Arden.

—Es la única que tengo. Y ahora lárguese.

—Si me voy de aquí sin saber de qué murió Brenda, acudiré a la policía.

—Vaya. —Arden sonrió—, un muchacho que se cree inteligente, ¿eh?... ¿Acaso piensa que no estuvo ya aquí la policía...?

—Es la costumbre cuando una persona muere accidentada, y al parecer, usted los convenció.

—Sí, señor Crawford, los convencí de que yo no tuve nada que ver con eso.

—Convénzame a mí también y se ahorrará dificultades.

—No me gusta el tono de su voz, señor Crawford.

—A mí tampoco me gustan muchas cosas de usted.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Su cara, su sonrisa y la forma de responder con respecto al accidente de Brenda.

—¿A qué se dedica, señor Crawford?

—A una profesión que está en relación directa con el crimen. Soy investigador privado.

—Demuéstrelo.

Alan enseñó su credencial y Arden, después de examinarla, dijo:

—Brenda no se privaba de nada. Entre sus admiradores contabilicé doce profesiones distintas.

—¿Va a responder ahora?

—No hay inconveniente porque no es ningún misterio. Le advertí a Brenda que tuviese cuidado con la botella de gas butano. Era peligroso. Ha habido muchos accidentes. Me gusta leer la página de sucesos. Y un día, Brenda se descuidó y no valieron de nada mis advertencias. La pobre sufrió mucho hasta que le dieron la morfina. Vivió de milagro durante dos horas. Tenía la cabeza destrozada. Y me dejó en la ruina, ¿lo oye bien? En la ruina... Yo estaba sin trabajo. Hace cosa de un año me metí en una nave en donde había un gas peligroso. Me atacó los pulmones. ¿Sabe qué pensión me pagan? Para comprar un arenque. Brenda trabajaba en una sociedad de exportación e importación. Le pagaban un buen

suelo... Pero ahora, al morir ella, me soltaron sólo unas cuantas libras, una miseria... Y ahora debo trabajar, señor Crawford. Sí, tengo que trabajar aunque siga sufriendo las consecuencias de aquel maldito gas. He vivido con las libras que me dejó mi mujer, pero ya se están acabando. ¿Quiere comprar esta casa? Se la vendo barata.

—No, gracias. No compro. ¿Tenía seguro Brenda?

—Tuvimos uno, pero dejé de pagar las cuotas seis meses antes de que muriese Brenda. ¿Qué le parece mi perra suerte? Brenda se iba a morir y yo dejé de pagar. Habría cobrado cinco mil libras. Habría sido bueno para mí, pero todas las cosas me salen mal. Sí, señor Crawford, Brenda debió casarse con uno de sus admiradores y no conmigo. He sido siempre un desgraciado. Es cuestión de estrella. Para unos brilla mucho y para otros está completamente apagada... ¿Cómo es su estrella, señor Crawford?

—No me puedo quejar —dijo Alan y se alejó de Cari Arden.

Alan Crawford apretó el timbre de otra puerta y poco después le abrió una doncella.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas?

—Usted primero.

—Alan Crawford.

—Mary.

—Un nombre precioso.

—¿Sólo vino a decirme eso? —sonrió Mary, porque era muy coqueta y porque aquel hombre le resultaba simpático.

—Hay otras cosas que me gustaría ver con más cuidado —dijo Alan, mientras derramaba la mirada sobre el cuerpo de la joven.

—Caradura, ¿eh? ¿Ya terminó sus requiebros?

—Sólo de momento. Quiero ver a tu patrón.

—El señor Leigh no recibe.

—Me recibirá a mí.

—¿Y por qué está tan seguro?

—Porque vengo a hablarle de su mujer.

—¿No sabe que su mujer murió en un terrible accidente?

—Sí, cariño, lo sé y es de ese asunto del que quiero tratar con él...

—Veré si lo puede recibir.

—Dile que es importante.

Mary lo dejó entrar en el *hall* y se marchó hacia el *living*.

Alan oyó un cuchicheo y luego apareció Mary diciendo:

—Pase, señor Crawford.

Robert Leigh, grueso, de fuerte constitución, estaba en el centro del *living*.

—Mis condolencias, señor Leigh —dijo Alan, estrechándole la mano.

—¿Conocía usted a mi mujer?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que éramos niños.

—Claro, debió ser en Manchester.

—Exactamente.

Robert Leigh sonrió.

—¿Quién es usted realmente, señor Crawford? Le he tendido una trampa y acaba de caer.

—No lo comprendo, Leigh.

—Mi mujer nunca estuvo en Manchester. Era hija de militar. Pasó su niñez en la India y en Rhodesia.

—Entonces empezaremos otra vez. La conocí en Rhodesia, cuando éramos niños.

—¿Trabaja en el circo, señor Crawford? Parece que tiene afición a las payasadas.

—Y usted tiene un bonito «Alfa Romeo». Lo vi en la cochera al entrar.

—Le dije a Mary que cerrase la cochera.

—Seguramente se le olvidó.

—¿Y qué más vio?

—La matrícula del «Alfa Romeo». Ha debido comprar el coche hace unos días.

—Una semana. ¿Qué le importa eso?

—¿Con qué dinero lo compró?

—Oiga, señor Crawford, no le voy a contestar a una sola pregunta, a menos que diga que es policía.

—No soy policía.

—Entonces va a salir de aquí muy aprisa.

—¿Por la fuerza?

Lo sacaré de aquí a puñetazo limpio.

—Cálmese, señor Leigh.

—Tiene diez segundos para marcharse.

Alan no se movió durante aquellos diez segundos.

Entonces Robert Leigh se lanzó sobre él dirigiéndole su puño a la cara.

Alan lo burló con facilidad y, cuando Leigh pasaba por su lado al fallar el golpe, le pegó con el filo de la mano en el hombro izquierdo.

Robert cayó de rodillas lanzando un gemido.

Crawford aprovechó bien su tiempo. Se dejó caer sobre Leigh y lo aplastó contra el suelo, al mismo tiempo que le atornillaba el brazo en la espalda.

—¡No haga eso, Crawford! ¡Me va a romper el hueso!

—Se lo romperé si no contesta.

—Maldita sea, ¿qué es lo que quiere saber?

—¿Con qué dinero compró el coche?

—Con la herencia.

—¿Cuánto dinero le dejó Carolyn?

—Veinticinco mil libras.

—¿Y dónde guardaba esas veinticinco mil libras?

—En el Banco.

—¿Qué Banco? Vamos, conteste...

—En el Banco Internacional.

—Pero había algo más de veinticinco mil libras.

—Sí.

—¿Qué le dejó aparte de ese dinero en efectivo?

—Acciones.

—¿Qué clase de acciones?

—De la Electric Incorporated.

—¿Qué valor tenían las acciones?

—Setenta y cinco mil libras.

—¿Las ha vendido?

—Sólo una parte.

—¿Cuánto?

—Unas treinta mil libras.

—¿Por qué?

—Fui novelista y autor teatral. Pertenezco a la generación de los «hombres airados». Quizá haya oído hablar de mí. Estrené una obra,

La buhardilla.

—No, no la conozco.

—Nadie me quiere estrenar y tendré que ser empresario de mí mismo, pero ganaré mucho dinero.

—Y se compró el «Alfa Romeo» para llamar la atención.

—Un autor debe tener en cuenta la publicidad. Hoy día están así las cosas. Si no tienes publicidad, eres un don nadie.

—Sería preferible que escribiese como se debe escribir, pero dejemos ese tema. ¿Cuánto le pagó al señor Smith?

—¿Cómo dice?

—Señor Smith.

—No sé quién es el señor Smith.

—¿No conoce a ningún Smith?

—Claro que conozco a muchos Smith. Hay docenas y docenas.

—Yo me refiero a un Smith en particular, al de la agencia.

—No conozco a ese Smith.

—Le aclararé un poco más las cosas. Es la agencia que se encargó de enviudarlo.

—Pero ¿qué dice?

—Su mujer no murió accidentada. La asesinaron.

—¿Qué tontería está diciendo?

—Dígame, ¿cómo murió su mujer?

—Aprisionada por un ascensor.

—¿En qué casa concretamente?

—En la de un amigo, Guy Calvet, un crítico teatral... Carolyn se disponía a hacer una visita a Calvet. Fue entonces cuando sobrevino el accidente. Si tiene alguna duda, acuda a la policía. Ellos saben mejor que nadie que se debió a un fallo mecánico del ascensor.

—¿Y dónde estaba usted?

—Fui a una exposición de arte, en las galerías Johnson. Exponía un pintor, James Douglas.

—¿Y dónde fue después?

—Me encontré en las galerías con mi antiguo representante, un agente artístico, Arthur Bender. Lo invité a almorzar en el restaurante Gaylor.

—¿Y luego?

—Me vine a casa.

—Lo recuerda todo muy bien, señor Leigh.

—Claro que lo recuerdo. Fue un día trágico para mí. Poco después de llegar a casa, vino un policía para informarme de lo que le había pasado a mi mujer. Tenía que acompañarlo para hacer la identificación. Fue espantoso...

—Ellos se encargaron de matar a su mujer.

—¿Ellos?

—Los de la agencia del señor Smith.

—¡Le repito que no sé de qué agencia me habla!

—Está bien, señor Leigh. Lo voy a dejar libre de momento, pero volveré a hablar con usted.

Alan se puso en pie apartándose de Robert Leigh, y éste gimió mientras se incorporaba.

—Usted debe estar chiflado, Crawford.

El investigador privado hizo un saludo con la mano y se encaminó hacia la salida.

—No trate de escapar, Leigh.

—No huiré de nadie. No tengo nada que temer... Estoy limpio de culpa respecto a la muerte de mi mujer. Y entérese de esto, señor Crawford. Lo denunciaré a la policía por violación de domicilio.

—Hágalo, si ése es su deseo.

Crawford salió de la casa.

Robert Leigh se pasó una mano por el cabello. Estaba sudando. ¿De dónde había salido Alan Crawford? ¿Quién era aquel tipo que de pronto intervenía en un asunto que él creía completamente acabado? Y no podía ponerse en contacto con el señor Smith.

Tocó el timbre y poco después apareció Mary.

—¿Ya se fue su visitante, señor Leigh?

—Sí, Mary, y fuiste una estúpida al dejarlo pasar.

—Pero usted lo autorizó...

—No quiero volverlo a ver. De modo que si viene otra vez, dile que no estoy.

—Sí, señor Leigh. ¿Necesita algo?

—Sírreme un *whisky*.

Mary le sirvió el *whisky* y dejó a solas a Robert Leigh. Éste bebía un trago cuando sonó el teléfono. Sería su agente. Había intentado ver a Bender, pero nunca lo había encontrado en su oficina, y en dos ocasiones le había dejado una tarjeta diciéndole que se pusiera en contacto con él. Ya tenía la historia de su segunda novela. Quería

consultar con Bender, aunque estaba seguro de que esta vez su argumento valía la pena porque era original, algo nuevo.

—Robert Leigh al habla.

—Hola, señor Leigh.

Robert se estremeció de la cabeza a los pies. No, no era su agente, sino aquel señor Smith. Había identificado su voz porque era inconfundible.

—Señor Smith, qué suerte que me haya llamado...

—¿Por qué dice eso?

—Porque han ocurrido novedades.

—Sí, le llamaba por esa razón. Ha recibido usted una visita, la de un tal Alan Crawford.

—¿Cómo lo sabe?

El señor Smith soltó una risita.

—Señor Leigh, no debería usted extrañarse de nada respecto a nosotros. ¿Es que no le dimos pruebas de nuestra eficiencia?

—Oh, sí, desde luego, señor Smith, pero es que estoy un poco asustado. Yo creí que el caso había llegado a su fin, y de pronto, me encuentro con este hombre que me ha hecho preguntas y más preguntas acerca de la muerte de mi mujer.

—¿Contestó usted?

—Vagamente.

—¿Qué quiere decir vagamente?

—Verá, traté de echarlo a la calle, pero ese Crawford resultó más habilidoso de lo que yo había imaginado.

—Claro. Es un investigador.

—¿Por qué vino aquí? ¿Por qué me ha hecho preguntas? ¿Quién lo envió...?

—Tranquilo, señor Leigh. A nada conducen los histerismos...

—¡No es su cuello el que está en juego...! Usted es un fantasma, pero yo soy una persona de carne y hueso. ¿Lo entiende? Soy el esposo y, si se prueba que fue un...

—¡Cállese! ¡No lo diga!

—Señor Smith, estoy en peligro.

—No lo está.

—El señor Crawford me ha amenazado con volver, y eso quiere decir que continuará su investigación.

—El señor Crawford va a terminar de enredar.

—¿Quiere decir que...?

—Sí, lo que usted piensa. El señor Crawford ha sido sentenciado a muerte. ¿Lo entiende bien? Y usted sabe que nosotros nunca fallamos.

—Hágalo cuanto antes.

—No se preocupe. Nuestros hombres ya están en marcha. ¿Está más sereno ahora?

—La verdad es que sí. —Leigh respiró hondo.

—Esto le va a costar otras diez mil.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído, señor Leigh. Otras diez mil libras esterlinas.

—Pero, señor Smith, yo ya pagué...

—Usted nos ha proporcionado un trabajo extra. Usted lo dijo antes. Yo soy un fantasma y usted un hombre de carne y hueso. ¿A quién molestó Alan Crawford?

—A mí, claro.

—Usted es el que saca los mayores beneficios de la desaparición de Alan Crawford, y por tanto, debe pagar nuestros servicios. ¿O prefiere que dejemos vivo a Alan Crawford?

—¡No!

—Entonces pagará.

—De acuerdo, señor Smith, pagaré, pero diez mil libras me parece demasiado...

—¿Por qué no mata usted al señor Crawford? Ande, hágalo y le saldrá más barato.

—Oh, no, de ninguna forma. Yo no tengo valor para matar a nadie...

—En tal caso creo que no tenemos nada que discutir.

—No, señor Smith. Todo está claro.

—Llevará mañana las diez mil libras en la forma que usted ya sabe y al mismo lugar que la otra vez.

—Sí, señor Smith.

—No lo olvide.

—No puedo olvidarlo.

—Ya puede dormir tranquilo, señor Leigh. Continúe su vida sin preocupaciones. Y recuerde que eso lo debe usted a nuestra agencia.

Luego el señor Smith colgó.

CAPÍTULO X

Alan Crawford entró en el Banco Internacional. Conocía a uno de los empleados, a Spencer Andes.

—Caramba, señor Crawford, ¿viene a traernos dinero?

—Eso quisiera yo, tenerlo para poderlo traer. Vengo por otro motivo, Spencer. Quisiera noticias acerca del movimiento de dinero de una persona que murió accidentada.

—No puedo hacer eso, señor Crawford. Usted lo sabe. Va contra el reglamento.

Alan sacó un par de libras esterlinas y las metió en el bolsillo de Andes.

—Eso por la apuesta que perdí, Spencer —dijo, aunque entre ellos no había mediado ninguna apuesta.

Spencer tanteó los billetes en el bolsillo y preguntó:

—¿Quién es ella?

—Carolyn Leigh y su esposo Robert Leigh.

—Oh, sí, los recuerdo bien. La señora Leigh murió aprisionada por un ascensor. Yo mismo atendí al señor Leigh cuando vino a retirar dinero una vez fue autorizado. Noté que estaba muy dolorido por la muerte de su mujer.

—¿Cuánto retiró?

—Bastante, lo recuerdo bien. Diez mil libras.

—¿Tanta cantidad la primera vez?

—Sí.

—¿Quieres comprobarlo?

—En unos segundos.

Alan encendió un cigarrillo mientras esperaba a Spencer Andes. Éste regresó al fin a su lado y dijo:

—Está claro. Primero retiró las diez mil libras y más tarde las quince mil restantes.

—¿Cuántos días transcurrieron entre las dos operaciones?

—Nueve exactamente.

—Son muy pocos días para haber gastado las diez mil libras.

—Lo mismo me dije yo, y el señor Leigh me contesté sin que nadie le preguntase. Las diez mil libras las prestó a un hermano suyo.

—¿Dónde vive su hermano?

—No lo sé ni se lo pregunté. Hay asuntos que uno debe respetar, Crawford.

—Gracias, Spencer, me has servido de mucha ayuda.

Mientras Alan caminaba hacia la calle estaba pensando muy aprisa recordando aquello que le contó Howard Freeman. La agencia Smith acostumbraba a cobrar el diez por ciento de lo que heredaba el viudo. Todo coincidía en el caso de Robert Leigh. Había retirado diez mil libras y esa cantidad era justamente el diez por ciento de cien mil. ¿No había confesado Leigh cuando lo tuvo sujeto en el suelo que su herencia había consistido en veinticinco mil libras en efectivo y en setenta y cinco mil en acciones de la Electric Incorporated? Estaba en la buena pista y ahora tendría que visitar de nuevo a Robert Leigh, a pesar de que éste le había advertido que no debía volver a su casa.

Había llegado allí en un taxi y se dispuso a tomar otro.

Vio uno a la otra parte de la calle que quedaba vacío y saltó de la acera.

De pronto un coche se le vino encima. Fue rapidísimo. Alan se dejó caer en el suelo y echó a rodar.

Las ruedas del coche casi lo rozaron.

Algunas mujeres dieron gritos de terror.

El coche, con un crujido de neumáticos, se enderezó y continuó su carrera.

Alan se puso en pie y miró hacia el vehículo que ya estaba torciendo por una bocacalle. Era un coche negro y no pudo ver la matrícula porque estaba demasiado lejos.

—¿Se ha hecho daño? —le preguntó un peatón.

—No, gracias. Estoy bien.

—Esos tipos están locos... No sé por qué inflemos les dan el carnet. En el examen de conductor debían de incluir la siquiatría.

—Sí, eso creo yo —repuso Alan.

Se metió en el taxi y dio al conductor la dirección de la casa de

Robert Leigh.

Pagó la carrera porque no sabía cuánto tiempo iba a estar con el viudo.

Mary le abrió la puerta como antes.

—Señor Crawford, el señor Leigh no está.

—¿De veras? Tendré que comprobarlo.

—Eh, señor Crawford, ¿es que quiere que me despidan?

—De ninguna forma —dijo Alan y entró en el *living*.

Robert Leigh estaba sentado en un sillón leyendo un diario. Se puso en pie al ver a Alan.

—¡Señor Crawford!

Su rostro se estaba quedando blanco poco a poco. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba allí otra vez el investigador? El señor Smith le había anunciado que acabarían con él. No obstante, trató de recuperarse.

—Mary, te dije que no estaba para el señor Crawford.

—Pero él entró a pesar de que se lo dije.

—Mary —dijo Alan—, vuelve a tu trabajo.

La joven titubeó, mirando a Leigh. Por último, éste sacudió la cabeza.

—Sí. Mary. Puedes irte.

La doncella se retiró del *living*.

Cuando los dos hombres quedaron a solas, Leigh fue el primero en romper el silencio.

—Creo que me excedí con usted.

—¿Sí?

—Estoy un poco nervioso, señor Crawford. Debe comprenderlo... Quería mucho a Carolyn, y la perdí inesperadamente... ¿Ha estado enamorado alguna vez...?

—¿Qué hizo con las diez mil libras?

Leigh miró a Crawford con el ceño fruncido.

—No le entiendo.

—Me comprende perfectamente. Sacó diez mil libras del Banco Internacional en cuanto fue autorizado a disponer de las veinticinco mil que Carolyn le dejó allí en efectivo.

—Oh, sí, claro, se las presté a mi hermano. Estaba en un apuro.

—Es usted admirable por su amor fraternal.

—Nick y yo siempre nos hemos llevado bien.

—¿Y dónde está Nick?

—En Australia.

—¿Qué parte de Australia?

—Sídney.

—Enséñeme el resguardo.

—¿Qué resguardo?

—El que acredita que impuso el giro de diez mil libras a su hermano Nick.

—Señor Crawford, no consiento que ponga en duda mi palabra.

—Yo la pongo.

—Me está llamando embustero.

—Sí.

—¿Por qué, señor Crawford?

—Es la mar de sencillo. Porque usted no mandó esas diez mil libras a su hermano. Estoy por apostar a que no tiene ningún hermano Nick en Sídney, Australia.

—Es asunto suyo creerlo o no creerlo.

—Y como no lo creo, quiero que me pruebe que estoy equivocado.

—Señor Crawford, he tenido mucha paciencia con usted.

—Yo también la estoy teniendo.

—A mí se me va agotar.

—La mía ya se agotó —dijo Alan y echó a andar hacia Leigh.

—Eh, ¿qué va a hacer?

—El mismo número que antes.

Leigh saltó sobre la mesa y atrapó un cortapapeles con el que apuntó a Alan. Éste se detuvo y Leigh sonrió ferozmente.

—No se acerque, Crawford, o lo despanzurro.

—Ha aumentado mi curiosidad.

—Se va a ir sin saber nada más.

—Si no hay más remedio tendré que marcharme. Es usted un tipo peligroso. Se ve metido en una trampa y quiere salir de ella a cualquier precio. Cuando yo me marché, usted habló con el señor Smith.

El gesto de Leigh indicó a Alan que había dado en el blanco.

—¡No hablé con nadie! —gritó no obstante el viudo.

—Trataron de asesinarme cuando salí del Banco Internacional.

—¿Fue al Banco Internacional?

—Sí y me informé de lo de las diez mil libras.

—¡Ya basta! ¡Váyase!

—Tengo suficientes datos para que Scotland Yard lo interrogue, señor Leigh.

—¡No le consentiré eso! —gritó Leigh y se lanzó sobre Alan.

Crawford había querido enfurecer a Leigh y estaba listo para defenderse.

Se dejó caer en el suelo y pegó un puntapié en el bajo vientre de Robert cuando éste se le venía encima.

El viudo lanzó un aullido de dolor y perdió el cortapapeles.

Luego Crawford se puso de pie de un salto y golpeó, a Robert en el maxilar inferior, pero no con demasiada fuerza.

Leigh tuvo bastante para desplomarse.

A continuación, Crawford se acercó a su víctima y le puso un pie en el pecho.

—Leigh, usted sacó las diez mil libras esterlinas para pagar la muerte de su mujer. Fue ese señor, Smith, quien las cobró. ¿De qué forma le entregó el dinero? ¡Conteste, maldita sea!

Apretó el pie sobre el pecho de Leigh, dejándolo sin respiración y el rostro del viudo empezó a ponerse cárdeno.

Crawford aflojó un poco la presión.

—Sí... Pagué esas diez mil libras...

Había pensado que, después de todo, podía informar a Crawford, ya que éste, la próxima vez, no se libraría de los de la agencia Smith. ¿No había admitido el propio Alan Crawford que habían intentado matarlo a la salida del Banco? Sus verdugos habían fallado, pero no fallarían en la siguiente ocasión. Por otra parte, Crawford sabía demasiado y era una estupidez resistirse o lo pasaría muy mal.

—Dígame cómo pagó las diez mil libras.

—Las metí en un sobre y escribí el nombre de Joseph Smith.

—¿A dónde lo envió?

—Lo entregué personalmente en las mensajerías Harrison.

En aquel momento, Alan oyó una voz a sus espaldas.

—Déjelo quieto, Crawford.

Alan volvió la cabeza y vio a dos hombres que habían entrado sin hacer el menor ruido. Los dos eran altos, bien constituidos, se cubrían con trajes caros, y ambos manejaban pistolas con

silenciador.

CAPÍTULO XI

Alan se apartó de Robert Leigh y éste se levantó riendo nerviosamente.

—Se lo advertí, Crawford. Debió abandonar este asunto.

—¿Y perder la oportunidad de conocer a un par de buenos amigos?

Uno de los dos tipos, el más moreno, sonrió y dijo:

—Tengo que felicitarte, Crawford.

—No sabía que fuese hoy mi cumpleaños.

—En realidad naciste hace un rato.

—¿Y qué nombre me vais a poner?

—Eres chistoso y también un tipo muy suertudo. Te libraste de nosotros cuando te lanzamos el coche en la calle.

—Me estaba preguntando qué hijo de perra había intentado matarme. Y mira por dónde he tenido una doble suerte, la de librarme del automóvil y la de conocer al bastardo.

El otro hombre que manejaba la pistola dejó oír su voz:

—Jack, ¿por qué has de darle tanta cuerda al investigador privado?

—Porque me gusta hablar con fulanos que se creen Superman, Denny.

—Prefiero las auténticas aventuras de Superman.

—Tú sí, Jack, pero yo me divierto más con los sujetos como Alan Crawford, y sobre todo, me divierto cuando me pongo a hacerles agujeros.

—¿Por qué no se los hacemos ya?

Leigh intervino:

—No pueden matarlo aquí.

Jack le sonrió gélidamente:

—¿Y por qué no, cliente?

—No me pueden dejar aquí el cadáver... La policía haría

preguntas... ¿Y cómo podría contestarlas?

—Ha habido contraorden, cliente.

—¿Contraorden? ¿Qué quiere decir?

—Que también morirás.

—¿Cómo?... Oh, no. Usted está bromeando, Jack.

—Díselo tú, Denny.

Su compañero sacudió la cabeza.

—El jefe nos dijo que si usted se había ablandado, tendríamos que despacharlo.

—¡No me he ablandado!

—¿No? ¿Cree que somos sordos? Oímos lo que le decía a Crawford.

—No le dije nada.

—Crawford ya sabe que usted le pagó diez mil libras esterlinas al señor Smith, que las puso en un sobre con el nombre del jefe y que lo entregó en las mensajerías Harrison.

—Sí, es cierto. Lo dije.

—Menos mal que lo reconoce.

—Pero pensé que Crawford no adelantaría nada, porque ustedes aparecerían en el momento oportuno. Y es lo que ha ocurrido. Si eliminan a Crawford, ya no habrá otra oportunidad para que yo tenga que hablar.

—Ha demostrado que es usted un flan. Y usted dice que no habrá otra oportunidad, pero, si se presentase, usted hablaría. No es usted un buen cliente, señor Leigh.

—¡Juro que lo soy!... Mantendré la boca cerrada. Pueden decírselo al señor Smith.

—No hay nada que hacer.

—Me han sacado diez mil libras y mañana pagaré otras diez mil por la muerte de Crawford.

—¿Lo ve? Ya está hablando demasiado.

—Pero se lo estoy diciendo a ustedes. Fue lo que acordé con el señor Smith... ¿Quieren comprobarlo? Llámenlo.

—No hacemos ninguna llamada al jefe cuando tenemos un trabajo entre manos.

Leigh estaba sudando más que antes, pero ahora no se enjugaba con el pañuelo.

—Oiga, Denny... Su jefe no puede perder la oportunidad de

ganar diez mil libras.

—El jefe tiene mucho dinero y prefiere la seguridad a esas libras. Ha puesto en peligro nuestra agencia y eso no lo puede consentir el señor Smith. Lo que no pague usted, lo pagará otro, ¿lo comprende?

Leigh agrandó los ojos. Sólo comprendía una cosa. Que iba a morir, lo mismo que había muerto Carolyn. ¿De qué le había servido acabar con su esposa? Cuando creía estar en condiciones ventajosas para iniciar de nuevo su carrera literaria, ocurría todo aquello, la muerte, el final.

—¡Un momento! ¡No pueden matarme a mí y matar al señor Crawford...! ¿Cómo van a justificar las dos muertes?

—Será la mar de sencillo. Usted matará a Crawford y él lo matará a usted. Es lo que se llama una carambola. Dispondremos el escenario.

Leigh se acordó de la doncella. Era su tabla de salvación.

—Oiga, está Mary. ¿Saben quién es? Mi doncella. Ahora está en la cocina, pero oirá los disparos... No pueden matarla a ella también.

—Es usted un estúpido además de un mal cliente, Leigh —dijo Denny—. A Mary la dejamos sin conocimiento. No despertará hasta que todo haya ocurrido.

Alan se había mantenido en silencio, esperando el resultado de aquel diálogo, tomando posiciones, y para ello se había movido un poco hacia la izquierda, donde estaba Robert Leigh.

Saltó sobre él para colocarse a sus espaldas mientras su mano derecha buscaba la pistola que colgaba de su axila.

Jack y Denny se pusieron a apretar el gatillo, y sonaron suaves estampidos.

Todas las balas fueron para Leigh porque Alan estaba ya detrás y lo sostuvo contra sí, mientras él también disparaba.

Denny y Jack fueron mordidos por los proyectiles sin que hubiesen iniciado el menor movimiento en busca de refugio porque el salto de Alan los había pillado de sorpresa.

Denny recibió dos plomos en el pecho y Jack uno en el pecho y otro en la cara. Los dos se derrumbaron sin emitir un solo gemido.

Alan dejó de disparar sintiendo en su brazo el peso muerto de Leigh.

Lo dejó caer en el suelo y le echó una ojeada. Leigh había recibido siete balazos, desde la cintura hasta la frente.

Se acercó a los dos fulanos y comprobó que también ellos habían dejado de existir.

No, allí ya no adelantaría nada y salió rápidamente de la casa.

Alan Crawford subió en un ascensor hasta el tercer piso.

Las mensajerías Harrison se ubicaban en la puerta

9-H

de aquel edificio dedicado exclusivamente a oficinas.

Empujó una puerta y se encontró en una pequeña sala con un mostrador a la derecha, el cual era atendido por una rubia platino muy bonita, cejas en arco, ojos azules y mejillas ligeramente hundidas.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó muy atenta.

Alan sacó un abultado sobre del bolsillo. En él solo había escrito un nombre. Joseph Smith.

—Quiero que entregue esto.

La rubia platino tomó el sobre y le dio la vuelta para leer la dirección.

—Creo que se olvida de algo, señor.

—¿Qué cosa?

—La dirección. Está solo el nombre.

—No. No olvidé nada. Me dijeron que pusiera sólo Joseph Smith.

—Perdone, pero debe de estar equivocado.

—¿No estoy en las mensajerías Harrison?

—Sí, señor. Esto es las mensajerías Harrison, pero sólo aceptamos el envío de cartas con la dirección completa. Usted ha puesto en el sobre Joseph Smith. ¿Cuántos Joseph Smith habrá en Londres?

—Imagino que unos miles.

—Pues ahí lo tiene. No podemos elegir al azar para mandar su sobre.

—Pero usted debe saber a qué Joseph Smith se le debe entregar esto, ¿verdad, querida?

La joven parpadeó.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, muy bien, sobre todo viéndola a usted, que es una monería.

—Es usted muy amable, señor, pero tengo mucho trabajo y, si ya gastó su broma, le desearía que se marchase. Naturalmente, llevándose el sobre.

—¿Es usted la única empleada?

—No. Tengo un jefe.

—Quiero hablar con él.

—Lo siento, pero no está.

—¿Fue muy lejos?

—Tuvo que viajar a otra ciudad y no regresará hasta pasado mañana.

—Qué lástima. Dígame, ¿adónde viajó?

—El jefe no me informa acerca de sus viajes, señor.

—¿Y cómo se llama el jefe? ¿O tampoco le dijo todavía su nombre?

La rubia platino rió divertida.

—Claro que sí. Su nombre es Benjamín Harrison.

—Y seguro que también le dijo su domicilio.

—No, no lo dijo.

—¿Cómo se llama usted?

—Lucille.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí, Lucille?

—Dos meses.

—¿Y quién la recomendó?

—El señor Harrison me contrató dirigiéndose a una escuela de secretarias.

—¿Por qué no me habla de esas cartas dirigidas a Joseph Smith?

—Le repito que no ha venido ninguna carta dirigida a Joseph Smith como ésta, quiero decir sin la dirección completa.

—¿Trabaja aquí todo el día?

—No. Sólo por la mañana. De ocho a tres.

—Pero la oficina está abierta todo el día...

—Hasta las nueve de la noche.

—¿Y quién hace el turno de tres a nueve de la noche?

—Mi compañera, Vera Brown.

—Me gustaría hablar con ella. ¿En dónde la podría encontrar esta mañana?

—En la calle San Víctor, 224, cuarto A.

—Es Usted un ángel, Lucille, y sólo falta que me dé la buena noticia de que no tiene novio.

—Lo siento pero llega tarde.

—Dele la enhorabuena de mi parte.

—Gracias, y eso me recuerda que todavía no dijo su nombre.

—Freeman, Howard Freeman —dijo Alan y echó a andar hacia la puerta.

—Eh, señor Freeman, olvida el sobre.

—No importa.

Alan salió de las mensajerías Harrison. El sobre que había dejado allí solo contenía recortes de periódico.

Había pensado que con llegarse a las mensajerías Harrison estaría a punto de solucionar el problema, pero pecó de ingenuo. No, el señor Smith no tendría organizadas con tanta simpleza su negocio. El señor Smith era un hombre de talento y había tenido en cuenta todos los detalles.

El número 24 de la calle San Víctor era un edificio de apartamentos, muy moderno.

Un encargado uniformado lo detuvo.

—¿Adónde va?

—Tengo una cita con la señorita Brown.

El encargado ya no le puso ninguna dificultad y Alan subió en el ascensor hasta el cuarto piso.

En el corredor había una gruesa alfombra y algunas macetas con árboles enanos.

Alan apretó el timbre del apartamento A y, tras unos segundos de espera, le abrió una pelirroja que era un sueño. Se cubría con un batín de mucha pluma y color verdoso. Crawford admitió que aquél era un paisaje confortador, tras haber peleado a muerte con dos pistoleros.

—Hola, Vera —dijo antes de que la chica pudiese abrir la boca y pasó al interior.

—Eh, usted, ¿adónde va? —chilló la joven.

Alan siguió andando por un *living* amueblado con lujo.

—Demonios, Vera, yo no sabía que ser empleada de una mensajería diese para tanto.

—Pero ¿quién diablos es usted?

—¿No lo sabe?

—Oh, sí, claro, un loco que se escapó del manicomio.

Alan se acercó a la pelirroja y le tiró un pellizco en la barbilla mientras le sonreía.

—Eres un diablillo por pensar eso de un hombre tan completo como yo. ¿No me vas a ofrecer un *whisky*?

—Le voy a ofrecer un vaso de vitriolo.

—He bebido muchas cosas, pero eso repugna mi estómago. Lo sugerí para amenizar nuestra espera.

—¿Qué espera?

—Quiero que llames al señor Smith para que él y yo sostengamos una conversación.

—¿El señor Smith? ¿Quién es el señor Smith? ¡Pero empiece por decir quién es usted!

—Las muchachas de hoy sois muy poco comprensivas, pero, en fin, para que no vuelvas a repetir que soy un chiflado, me presentaré. Soy Alan Crawford el investigador privado que el señor Smith quiere convertir en un montón de gusanos. En cuanto al señor Smith, es el hombre que paga todo este lujo. ¿Estamos ya de acuerdo, nena?

La pelirroja puso los brazos en jarras y exclamó:

—No estamos de acuerdo en nada.

—Sé mucho de ti, preciosa.

—¿Y dónde se informó?

—En la agencia.

—Entiendo, preguntó a esa estúpida de Lucille.

—Ha sido el único fallo del señor Smith. Quiso rodear el negocio de las mensajerías de la mayor verosimilitud y contrató a una chica que no está al corriente de sus turbios manejos. Saqué la conclusión de que tú eres quien recoge los pagos. Y ya sabes a cuáles me refiero, a los precios por viudedad.

Vera respiró profundamente.

—Oiga, es como si me hablase en chino.

—Pues sabes muy bien el chino, porque me comprendes perfectamente. Y te diré otra cosa. Tienes mucho valor. No estás asustada. El señor Smith eligió la colaboradora perfecta.

—Si ya terminó de decir tonterías, lárguese.

—Nena, he venido aquí para entrevistarme con el señor Smith y

tú eres la única que me puede proporcionar ese gusto. De modo que cogerás el teléfono y lo llamarás.

—¿Y si no qué?

—Sé cómo manejar a una mujer testaruda.

—Me pegará, ¿eh?

—Sí.

—No es usted un caballero.

—Eso es verdad. Pierdo mis modales cuando he de enfrentarme con una pandilla de asesinos.

—Muy bien, señor Crawford, se va a salir con la suya. Llamaré al señor Smith.

—Qué buena chica eres.

La joven se sentó en un sofá. Delante estaba la mesita sobre la que descansaba el teléfono.

Pero Vera no atrapó el auricular. Se volvió rápidamente hacia Alan esgrimiendo una pistola con la diestra. La había extraído de un almohadón.

CAPÍTULO XII

Vera sonrió apuntando al detective con el arma.

—No eres tan listo como crees, Crawford.

—Felicitaciones.

—Eres muy amable.

—¿Lo ves? Ya vuelvo a ser un caballero, y puesto que te encuentras en la intimidad, será mejor que vuelva otro día.

—Si das un paso hacia la puerta, te vació la cabeza, sabueso presumido.

Alan, que había empezado a volverse, se enfrentó de nuevo con la pelirroja.

—¿Tanta puntería tienes, Vera?

—A esta distancia no puedo fallar.

—Entonces haré lo que tú quieras.

—Eso pensé.

—Tengo un repertorio de chistes que es un primor. Los sé de todos los géneros. Aunque a ti te deben gustar los picantes.

—Eres un individuo peligroso. Hemos trabajado mucho tiempo y hasta ahora nadie nos molestó.

—Es que soy la mar de curioso, ¿sabes? Y eso de enviudar a hombres cansados de su mujer no está nada bien.

—Les hacemos un favor.

—Oh, sí, claro. Vosotros sois muy humanitarios... Podríais poner anuncios en los periódicos. Yo te diré algunos: «¿Le resulta desagradable su mujer porque ronca? Póngase en contacto con nosotros y volverá a dormir sin molestias». ¿Qué te parece?

—Malo.

—Ahí va otro: «¿Se está quedando su mujer sin dientes? No le compre una dentadura postiza. Cambie de esposa. Nosotros le garantizamos un resultado óptimo».

—Tampoco es de los buenos.

—Éste es más divertido: «¿Su mujer no le permite diversión femenina? Comuníquese con nosotros y nos ocuparemos de que ella tenga muchas flores».

Vera se echó a reír.

—Ése estuvo mejor.

—Cuánto me alegro —dijo Alan, y saltó sobre ella.

Pero tropezó con la mesa.

Durante unas fracciones de segundo, Crawford comprendió que iba a morir porque Vera apretaría el gatillo.

Fue lo que ocurrió. Se oyó un estampido y la bala peinó el cabello de Alan. No, Vera no lo había alcanzado debido a que él estaba en perpetuo movimiento, y luego pudo corregir el primer fallo y cayó sobre la joven pegándole un manotazo en la diestra.

La pistola se fue por el suelo.

—¡Canalla! —gritó la pelirroja, mientras los dos rodaban.

Era una fiera, y Alan sintió en su cuello el primer zarpazo.

—Quieta, nena, o te la ganas.

—Me estaré quieta cuando te haya arrancado la piel.

Alan quedó encima de la joven, y le aplastó los brazos contra el suelo.

—¿Quieres que te abofetee, Vera?

—No te atreverás.

Alan le soltó dos bofetadas.

—¡Miserable...! ¡Rufián...!

—Oh, perdón, no debo tratar así a una señorita tan correcta, tan educada como tú.

—¡Quítate de encima!

—Enseguida, en cuanto lleguemos a un acuerdo.

—¡Vete al infierno!

Alan la volvió a abofetear.

De pronto, Vera se puso a gemir.

—Me vi obligada a hacerlo... Yo no quería... Yo estaba en la miseria...

Crawford rió con ganas.

—Claro. Estabas en la miseria y el señor Smith te dijo: «Acabo de montar un negocio fantástico para ganar dinero. Todo consiste en liquidar a esposas molestas y pasar la factura al viudo». Nena, he conocido a unas cuantas asesinas que admitieron su culpabilidad.

Tú eres más original que ninguna. ¿Qué esperas? ¿Qué te tenga lástima? Tendrías que ser una desequilibrada mental para conseguirlo y tú eres una chica juiciosa y atractiva, pero utilizaste muy mal tu cerebro y tus encantos... Se acabó la comedia. Fin del tercer acto. Ahora colaboras o te sigo abofeteando...

—Haré lo que tú quieras.

Alan se apartó de la joven y no la ayudó a levantarse.

Vera se puso en pie por sus propios medios.

Crawford le señaló el teléfono.

—Llamarás al señor Smith, y ya basta de pistolas o de cuchillitos...

—¿Qué quieres que le diga?

—Que deseo hablar con él.

La joven descolgó el auricular y marcó un número. Al cabo de unos segundos, habló:

—¿Señor Smith?... Soy Vera... Todo falló... Crawford me visitó... Está al corriente de nuestro negocio... Él quiere hablar con usted...

Vera alargó el auricular a Alan.

—Ya lo tiene a la otra parte.

Crawford cogió el receptor.

—¿Señor Smith?

Oyó una respiración irregular.

—Soy yo, Crawford...

—No puedo decir que celebro conocerlo, porque me habría gustado más verlo metido en un ataúd.

El señor Smith rió, aunque sin mucho entusiasmo.

—Es usted un hombre muy constante, señor Crawford.

—Es una de mis cualidades.

—Hábleme de otras.

—No me gusta que me asesinen. Dos de sus hombres lo intentaron, y ninguno de ellos está en condiciones de informarle acerca de lo que pasó.

—Sé que acabó con Jack y Denny y le debo dar las gracias por ello. Demostraron ser un par de inútiles.

Vera se apartó de Alan y éste sacó la pistola.

—Nena —dijo—, siéntate en el sofá y pon las manos en la nuca. Rápido o no vacilaré en disparar.

Vera obedeció.

El señor Smith habló:

—Ya veo que es usted un hombre expeditivo, señor Crawford.

—Su gata rojiza me la quería jugar mientras usted y yo hablábamos. Es así de inocente.

—Está bien, señor Crawford. Hablaremos de negocios. En mi organización hay un sitio vacante para un muchacho tan inteligente como usted.

—¿Y cuánto ganaría yo?

—Le daré un diez por ciento de lo que cobremos.

—¿Y cobra mucho?

—Bastante. Obtendrá unos ingresos considerables, señor Crawford.

—Me está haciendo una oferta tentadora, señor Smith, pero tendré que hablar con usted personalmente acerca de los detalles. Si he de entrar en una organización como la suya, no me debo perder nada.

—Es lo correcto. Además, yo tengo muchos deseos de conocerlo.

—¿Cómo lo arreglamos?

—Es la mar de sencillo. Vera lo traerá aquí. ¿De acuerdo, señor Crawford?

—Nada que oponer.

—Entonces, trato hecho. Los espero aquí en una hora. Hasta pronto, señor Crawford. Dele a Vera el receptor y puede escuchar usted las instrucciones que le voy a dar.

—Pensaba escucharlas de todas formas.

—Oh, sí, claro, usted es muy previsor.

El auricular cambió otra vez de mano y Alan acercó su oreja al receptor.

—Vera —dijo el señor Smith—, vas a acompañar al señor Crawford hasta mi casa, y quiero que salgáis cuanto antes.

—Sí, señor Smith.

—Eso es todo.

El señor Smith colgó y luego lo hizo Vera.

—Tengo que cambiarme —dijo la pelirroja, yendo hacia una habitación del fondo.

—Iré contigo.

—No puedo cambiarme en tú presencia.

—Qué chica más honesta; pero esta vez tendrás que soportar la presencia de un hombre. No te preocupes. Cerraré los ojos.

Sin embargo, Alan no necesitó cerrar los ojos, ya que Vera solo se quitó el batín y llevaba ropa interior.

Poco después viajaban en el coche de Vera.

Conducía la pelirroja y Alan estaba a su lado.

—¿A dónde vamos, Vera?

—Hacia Gaumont.

—Eso está muy lejos.

—Nos quedaremos antes.

—Ahora recuerdo que hay muchas residencias por allí. El señor Smith debe vivir en una de esas lujosas casas con mucho parque alrededor.

—Dame un cigarrillo.

Alan encendió dos y le dio a Vera uno de ellos.

Ya habían salido de Londres. El cielo estaba cubierto y empezó a llover.

Vera tomó una curva a demasiada velocidad y los neumáticos crujieron.

—Nena, no tan deprisa. Me interesa más que nunca conservar la vida, ya que me voy a convertir en un hombre importante.

—Soy una buena conductora.

—El infierno está lleno de buenos conductores.

Abandonaron la carretera principal y se metieron por un camino secundario.

—¿Ya llegamos? —preguntó Alan.

—En cinco minutos estaremos allí.

Vera metió el coche por un portón que estaba abierto. Al fondo había una casa de estilo Victoriano. Alan miró a un lado y a otro, pero no vio a nadie.

El parque era muy tupido.

Había un coche delante de la casa, un «Rolls-Royce» negro.

Vera detuvo su auto detrás y los dos saltaron.

—Un hermoso lugar —comentó Alan.

—Ya tendrás tiempo para disfrutarlo. Ahora hemos de ver al señor Smith.

Vera no necesitó llamar porque les abrió un criado.

—¿Dónde está el señor Smith?

—Les espera en la biblioteca, señorita Brown.

El *hall* era muy amplio, con una escalera al fondo que conducía al piso superior.

Vera precedió a Alan en el camino, y entraron en una biblioteca sumergida en la penumbra. Al fondo, detrás de una mesa, había alguien que dijo con voz ronca:

—Bienvenido, señor Crawford.

—Gracias, señor Smith —contestó Alan.

La persona que estaba detrás de la mesa se puso en pie, y entonces Alan pudo ver la cara del señor Smith. No era un hombre, sino una mujer, y él la conocía bien. El señor Smith era Judy Freeman.

CAPÍTULO XIII

—¿Asombrado, señor Crawford? —preguntó Judy, ahora con su propia voz, sonriente.

—Sí, mucho.

—Lo imaginaba.

—Ignoraba que fuese ventrílocua.

—Es una cualidad que descubrí en mí hace muchos años. Es lo que me hizo pensar en utilizarla.

—Para hacerse millonaria.

—El dinero es muy bueno.

—¿Por qué mató a su marido?

—Quise divertirme con él. Un día noté que Howard me miraba de una forma extraña, y llegué a la conclusión de que estaba pensando en matarme. Sí, el pobre se aburría mucho. Tenía que odiarme. Era lógico, teniendo en cuenta que se doblegaba al menor de mis deseos. De modo que decidí utilizar el procedimiento con él y el muy estúpido dio su consentimiento.

—Pero se arrepintió.

—El caso es que estuvo conforme en un principio para que el señor Smith me matase. ¿Se lo imagina? El señor Smith, muerto por el señor Smith.

—Claro. Eso no podía ocurrir.

—Pero Howard cometió el mayor error al acudir a usted.

—¿No le conmovió eso? Howard requirió mis servicios para salvarla. La creyó en peligro de muerte.

—Mi estúpido marido habló conmigo para romper su compromiso.

—Usted acaba de decir que quiso probar a Howard porque se dio cuenta de que él había pensado en su muerte. Si Howard renunció a matarla, le resultaba a usted fácil aceptar la rescisión de aquel compromiso.

—Estaba cansada ya de Howard. Me interesa otro hombre.

—¿Quién?

—Un químico que conocí hace unas semanas. Es un americano que ha decidido establecerse en nuestro país. Se llama Fred Bogart. Me casaré con él.

—Enhorabuena.

—Después de todo, es lógico que echase mano a mi propio servicio para solucionar mi situación.

—Sí, es cierto. ¿Por qué no aprovechar el servicio fúnebre que utilizaba para los demás esposos con ganas de enviudar?

—Celebro que sea tan comprensivo.

—Bien —dijo Alan—, ahora deme los detalles, ya que vamos a ser socios.

—Nada de socios.

—Colaboradores.

—Tampoco seremos colaboradores.

—¿Quiere decir que sólo seré un simple empleado?

—Usted sólo será un simple muerto, señor Crawford. Y un muerto no puede trabajar en mi negocio.

—Estoy vivo, Judy, y, que yo sepa, no padezco enfermedad alguna.

—Va a sufrir una muerte súbita.

—¿Caerá el techo encima de mí? ¿O es el suelo el que se abrirá bajo mis pies? No bromea, Judy. Recuerde nuestra conversación telefónica. Usted necesitaba un tipo tan inteligente como yo para mejorar su negocio...

—Mi negocio seguirá siendo bueno cuando usted se haya ido al otro mundo, señor Crawford. Y no intente sacar su pistola o precipitará su muerte. En el rincón más oscuro hay un hombre que sólo espera una diablura de usted para volarle la cabeza.

Alan miró al rincón más oscuro y, efectivamente, vio que algo se movía allí, un objeto brillante. Era una pistola, y por encima del arma vio dos ojos. Con eso le bastó.

—Judy —dijo, mirando otra vez a la señora Freeman—, esto es juego sucio.

—¿Y cuál ibas a emplear tú? —le tuteó Judy—. No, no me vuelvas a decir que trabajarías en mi negocio. No eres de éstos.

—¿A quiénes te refieres?

—A los que vivimos del crimen, por llamarlos en la forma en que vosotros os expresáis. La sociedad es débil, Alan. Vosotros, los que os consideráis seres normales, sois esclavos de vuestras pasiones, de vuestros sentimientos, de vuestros afectos... Amáis a una persona y estáis dispuestos a jurar que la amaréis toda la vida, hasta que la muerte os separe. Y un buen día estáis deseando que esa persona muera. Cuando me di cuenta de ese contrasentido, pensé que podía ganar mucho dinero con las debilidades humanas.

—Y se te ocurrió montar un negocio por todo lo alto. ¿Cuántas víctimas ha producido tu hermoso cerebro, Judy?

—Muchas. Qué importa el número.

—Sólo deseaba conocer el número para saber el que hacía yo.

—Tú no entras en el programa. —En aquel momento, Vera lo despojó de la pistola y se apartó rápidamente.

—Oh, sí, es cierto, Judy. Nadie te va a pagar por mi muerte.

—Pero tu desaparición me permitirá continuar con la agencia.

—¿Vas a seguir, a pesar de que te casarás con ese americano?

—Para no perder la costumbre, seguiré ganando dinero. Resulta muy fácil. Los matrimonios ricos y mal avenidos son infinitos. Cuando elijo una posible víctima, ordeno una completa información acerca de los esposos. De esa forma, estoy en las mejores condiciones para hacer mi oferta con las mayores posibilidades de éxito.

—¿No te ha fallado nunca?

—Un par de veces, pero nunca fue peligroso, ya que quedó como una broma de mal gusto. Ten en cuenta que hago los contactos telefónicamente.

—Eres admirable, Judy, pero siento pena por tu próximo marido. El bueno de Fred Bogart no sabe que se casa con la muerte.

—Ahora Fred me gusta, y su final está muy lejano.

—¿No crees que yo soy mejor que Fred?

—¿Casarnos tú y yo?

—¿Por qué no? Haríamos el matrimonio perfecto. Soy fuerte, varonil, y tengo atractivo con las mujeres.

—Sí, posees esas cosas, pero el defecto de ser un justiciero supera a tus virtudes.

—Vaya, parece que no tengo escapatoria.

—No, no la tienes.

Alan echó a correr y saltó hacia la ventana.

Mientras cruzaba el aire, sonó un estampido, pero él no sintió nada.

La ventana crujió a su paso y los cristales y las astillas volaron por el aire.

Cayó a la otra parte del jardín.

Estaba desarmado. No podía hacer frente al asesino al servicio de Judy.

Echó a correr hacia el coche. Tenía que llegar lo más pronto posible. Sabía que Vera había dejado puestas las llaves de contacto. Entró en el auto y lo puso en marcha.

Empezaron a disparar otra vez desde la ventana, pero las balas pegaron en la carrocería del coche, que ya estaba corriendo.

Cuando cruzó el portón dio un suspiro de alivio. Sonrió, pensando en Judy, la asesina. Unos minutos antes, ella lo había tenido a su merced, pero ya era libre como los pájaros.

Sin embargo, tales pensamientos se difuminaron en su mente. Judy era el señor Smith, pero ¿cómo lo podría probar? La agencia de Judy había asesinado a muchas esposas, pero todo ello continuaba siendo una leyenda a efectos de la policía. No podía acudir a Scotland Yard para contarles lo que sabía. Había llegado por fin a conocer la verdad acerca de los crímenes perpetrados por el señor Smith, y de momento no le servía de nada.

En cuanto se hubo alejado unas millas de la casa, detuvo el coche junto a una cabina telefónica y marcó el número de Laboratorios Colman.

—Quiero hablar con Nancy Karrington —dijo al hombre que descolgó el teléfono.

Tuvo que esperar unos segundos para oír la voz de Nancy.

—¿Quién es?

—Alan Crawford.

—¿Todavía se acuerda de mí?

—Nancy, necesito hablar contigo inmediatamente.

—Póngase en cola.

—Es muy en serio, Nancy. Tu jefe es una asesina.

—¿Qué jefe?

—¿Quién va a ser? Judy Freeman.

—Señor Crawford, ¿por qué bebió tanto en compañía de una de

sus conquistas?

—Nancy, te hablo en serio. Acabo de escapar milagrosamente de la muerte. Judy Freeman ordenó el asesinato de su esposo.

—Fue un suicidio.

—No, Nancy. Todo fue simulado. Pero estamos perdiendo un tiempo precioso. Sal de ahí inmediatamente.

—No me hará salir. Es una treta suya.

—Nancy, yo no soy representante de un almacén de drogas, sino un investigador privado. Me introduje en el laboratorio para hacer un trabajo por cuenta del señor Freeman. Te explicaré lo demás cuando nos veamos, y ha de ser ahora mismo. Te espero dentro de media hora en el restaurante de Darwell, en la calle Backerfield...

Alan colgó antes de que Nancy protestase.

Entró en el restaurante y encargó un «Martini». Lo bebió tabaleando sobre la mesa.

Al fin vio aparecer a Nancy y se levantó.

—No creas que me has engañado —dijo ella.

—No fue una treta, pero estás preciosa y habría inventado cualquier cosa para almorzar contigo.

Alan le contó la historia y la joven lo interrumpió algunas veces porque todavía no le creía. Al fin, cuando el investigador hubo terminado, ella dijo:

—Admito que la señora Freeman tiene mucho carácter, pero resulta difícil imaginar que se dedica al crimen en gran escala para aumentar su fortuna.

—Dime, Nancy, ¿su laboratorio rinde beneficios?

—Desde luego.

—Quizá la explicación consista en que es una perturbada.

—Supongamos que tienes razón. ¿Cómo vas a conseguir ajustarle las cuentas?

—Todavía no lo sé.

—¿Y por qué me lo has explicado todo?

—Porque te conocí y no me gustó nada la idea de que siguieses empleada allí con una asesina... Recuerda que la señora Freeman vio cómo nos besábamos. Tú me gustaste y pensé que ella podría tenerlo en cuenta. Hasta ahora ha matado por un beneficio, pero ahora estoy al corriente de que Judy es el señor Smith y, como me escapé de sus manos, podría utilizar cualquier cebo para atraparme.

Imaginé una escena: que me dijese que te había secuestrado. No habría tenido más remedio que entregarme para salvar tu bonita piel.

—¿Es eso verdad? —sonrió la joven—. ¿Habrías hecho eso por mí?

—Seguro. No quise pasar por la experiencia. Y ahí tienes la prueba de mis sentimientos.

Alan se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—Eh, Alan, que no estamos solos.

—Para mí, como si lo estuviésemos.

—Alan, ahora recuerdo una conversación muy extraña. Dios mío, creo que tienes razón.

—¿A qué te refieres?

—Oí una voz ronca y tú dices que la señora Freeman es el señor Smith y habla con voz varonil.

—Eso es interesante. ¿Cuándo oíste esa conversación?

—Esta mañana. Iba a entrar en la oficina de la señora Freeman, pero oí esa voz varonil y pensé que ella estaba con alguien, de modo que decidí volver más tarde.

—¿Qué es lo que oíste?

—Esa voz ronca decía: «Nosotros siempre cumplimos nuestra palabra». Naturalmente, imaginé que la señora Freeman estaba hablando con un visitante interesado en alguno de nuestros productos.

—Pero pudo ser Judy en su papel de señor Smith y, en tal caso, hablaba por teléfono con uno de sus posibles clientes.

—Sí, Alan, y también dijo un nombre; quiero decir el nombre de la persona con la que estaba hablando.

—¿Cómo se llamaba?

—Era un nombre extraño, y se me olvidó.

—Tienes que recordarlo, Nancy... Es muy importante. Lo es tanto que podríamos atrapar de una vez por todas a Judy Freeman y acabar con su carrera de crímenes.

La joven se mordió el labio inferior, pensativa, mientras hacía un esfuerzo por recordar.

—¡El nombre era Cregar!

—¿Estás segura?

—Sí, Cregar. Es lo que dijo ella. Señor Cregar.

—Espera aquí.

—¿A dónde vas?

—A la cabina telefónica. Lo resolveré. Tengo que identificar a ese Cregar.

Alan consultó la guía. Habían cinco personas con el nombre de Cregar. Marcó el primer número.

—¿Señor Cregar?

—Sí.

—Aquí la casa de productos de belleza de John Brennan. Su mujer nos hizo un pedido de crema hidratante.

—Perdone, pero debe tratarse de otra persona.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que yo no soy casado.

Alan se disculpó y marcó el segundo número. Esta vez le salió la voz de un niño.

—Quiero hablar con tu mamá.

—No está.

—¿Y tu padre?

—Se está afeitando.

—Dile que es urgente.

Tuvo que esperar casi un minuto antes de que aquel señor Cregar hablase por el micro.

—¿Señor Cregar?... Aquí la casa de productos de belleza de John Brennan. Su mujer nos hizo un encargo de crema hidratante.

—Pues la deben tener podrida.

—¿Qué?

—Oiga, amigo, mi mujer murió hace nueve años y no existe una segunda señora Cregar.

Alan se excusó de nuevo y marcó el siguiente número. Esta vez se entendió con un criado.

—Quiero hablar con el señor Cregar.

—Se encuentra en cama, resfriado.

—Entonces hablaré con la señora Cregar.

—La señora Cregar salió.

—¿A dónde?

—Fue a la cacería del zorro. El señor Cregar la iba a acompañar, pero a última hora tuvo que quedarse.

Alan sintió la sensación de que esta vez había acertado.

—Dígale al señor Cregar que soy el señor Smith.

—Pero ya le he dicho que...

—Infórmele que soy el señor Smith y ya verá cómo quiere hablar conmigo.

—Está bien, señor Smith...

Alan encendió un cigarrillo mientras esperaba.

—Soy Lawrence Cregar... ¿Qué pasa, señor Smith?

—Soy el hombre de confianza del señor Smith.

—¿Quién?

—Ya se lo he dicho, y para que esté seguro de la llamada, le diré que vamos a eliminar a su mujer... Es preciso que me dé el horario del viaje de su esposa, señor Cregar.

—¿Por qué?

—Ha sobrevenido un fallo.

—¿Qué clase de fallo?

—Señor Cregar, el señor Smith le advirtió que somos eficientes en nuestro trabajo.

—Pues con ese fallo demuestran que no es totalmente verdad.

—Señor Cregar, no estamos en situación de soportar sus censuras. Matar a una persona es arriesgado. A veces ocurren cosas que están fuera de nuestro alcance. —La voz de Alan era autoritaria y enérgica—. Diga el horario.

—Mi esposa salió de casa esta mañana a las ocho. Viajó a Northumberland en el tren de las ocho cuarenta y cinco. Eleanor debió ser recogida en la estación por el coche que le envió lord Reagan, y, por tanto, debió llegar a casa de lord Reagan media hora más tarde. La cacería del zorro tendrá lugar mañana, pero el señor Smith dijo que Eleanor no sería muerta en el tren. Por ello me extraña mucho esta llamada.

—Tranquilícese, señor Cregar. El fallo fue que no vimos a la señora Cregar en el tren. Eso fue lo que nos aseguró el hombre que la debía vigilar. Claro que había mucha gente en la estación.

Oyó cómo a la otra parte Lawrence Cregar exhalaba un suspiro.

—Usted me ha asustado... Su hombre debió perder de vista a Eleanor. Mi esposa no ha perdido un tren en toda su vida, y estaba muy interesada en esa cacería.

—Está bien, señor Cregar. Puede estar tranquilo. Ya sabrá de nosotros.

Alan colgó antes de que Cregar le hiciese alguna otra pregunta.
Se reunió con Nancy, que se disponía a despachar un fían.
—No hay tiempo para seguir comiendo. Nos vamos.
—¿A dónde?
—A cazar el zorro.

CAPÍTULO XIV

Eleanor Cregar tenía cuarenta años y era esbelta y bella. Un criado le entregó una nota.

«La espero en el invernadero. Bob Massey».

Estaba enamorada de Bob y él la correspondía. Eso lo sabía a ciencia cierta, pero no quería dar un escándalo en su familia. Ninguna Cregar se había divorciado, y ella tenía dos hijos. Tarde o temprano, dejaría de querer a Bob. No, nunca podría ya amar a su esposo, pero ella no era ninguna joven y tenía otras cosas de qué ocuparse. Por ejemplo, del futuro de sus hijos. Ambos estaban a punto de iniciar su carrera universitaria.

La semana anterior, Bob le había declarado su amor, pero ella no le dio ninguna esperanza. Ahora acabaría con él definitivamente. Bob le proporcionaba aquella oportunidad. ¿No había sido ésa la razón por la que aceptó asistir a la cacería de zorros organizada por lord Reagan? Su marido, Lawrence, se había puesto enfermo a última hora, y eso lo sabía Bob porque ella se lo dijo por teléfono.

Sintió lágrimas en los ojos, lágrimas que le quemaban. Se enjugó con el pañuelo y decidió ir al encuentro de su destino. Qué frase más absurda. Iba a terminar con Bob para siempre. No, no hablaría con él nunca más. Le pediría a Bob que la ayudase, y para ello, tenían que verse lo menos posible. Lo mejor sería que no se viesen nunca. Pero eso iba a depender también de Bob.

Entró en el invernadero.

Algo se movió a la derecha y vio aparecer a un hombre por detrás de un arbusto. No lo conocía.

—¿Señora Cregar?

—Sí.

—Soy Alan Crawford, investigador privado.

—No comprendo...

—Bob Massey está conmigo.

Ahora vio salir a Bob Massey, pero tampoco él estaba solo, sino en compañía de una joven, a quién no había visto nunca.

—¿Qué significa esto, Bob?

—Esta joven es Nancy Karrington y viene con el señor Crawford. Ocurre algo terrible, Eleanor... Tu marido te quiere asesinar.

Eleanor parpadeó incrédula.

—Bob, ¿qué clase de juego es éste?... ¿Es la forma que se te ha ocurrido para convencerme de que debo divorciarme de mi esposo?... Pero qué torpe eres, Bob.

Alan Crawford intervino:

—Señora Cregar, Bob le dice la verdad. Hemos sabido que su marido se puso en combinación con una agencia dedicada al asesinato en gran escala. Casualmente, Nancy Karrington conocía a Bob, se saludaron y salió a relucir su nombre. En fin, debo abreviar, señora Cregar. Tiene que ayudarnos.

La bella Eleanor se apretó la frente con la diestra.

—Pero esto es absurdo... Yo me he portado siempre bien con Lawrence... Nunca lo he traicionado. Ni siquiera con Bob...

—Su esposo ha debido notar algo. Seguro que llegó a la conclusión de que usted estaba enamorada de Bob Massey... Ellos también lo supieron, me refiero a los de la agencia Smith. Así es como hacen las cosas... Eligen sus víctimas entre las personas con dinero porque sólo matan a cambio de un precio.

—Es horrible.

—Sí, señora Cregar. Lo es. Usted está en peligro. Siempre simulan que se trata de un accidente.

—¿Y cuál va a ser mi accidente?

—Eso es lo que no sabemos, pero nos hemos introducido en la casa y también va a contar con la ayuda de Bob Massey. Todos la estaremos vigilando para hacerles fallar el golpe. Debe tener confianza en nosotros, señora Cregar.

—Está bien, señor Crawford. Cuente conmigo.

Era de noche. Había llegado el momento de retirarse. Bob Massey acompañó a Eleanor hasta la puerta de su habitación.

—Está claro que han preparado el accidente para mañana, Eleanor.

—Tengo miedo.

—No te preocupes. Crawford no pierde detalle y Nancy lo ayuda en su trabajo. Logré introducirlos como invitados de lord Reagan.

—Todo el día he estado pensando en Lawrence... ¿Cómo puede hacer una cosa como ésa?

—Tú misma has reconocido que él dejó de quererte hace mucho tiempo...

—Pero soy la madre de sus hijos...

—Querida, eso es algo que Lawrence ya no ha tenido en cuenta. Besó suavemente los labios de Eleanor.

—Trata de dormir.

—Va a ser un poco difícil.

—Tienes las pastillas que Nancy te dio. Pero toma sólo una.

—Sí, tendré que tomarla o me pasaré despierta toda la noche... Hasta mañana, Bob.

Eleanor entró en su habitación y cerró la puerta.

Se desvistió y cubrióse con el camisón. Luego pasó al cuarto de baño, llevando consigo el tubo de somníferos. Llenó un vaso de agua para ingerir una de las pastillas, cuando oyó un ruido tras de sí.

En la puerta del cuarto de baño había un hombre que la apuntaba con una pistola.

—No grite o disparo.

—¿Quién es usted?

—Se pusieron las cosas difíciles, pero yo he ganado.

—No le entiendo —dijo Eleanor, a pesar de que entendía muy bien.

—¿Cree que no sé que la están custodiando?... No se haga la lista, señora Cregar. Usted fue sentenciada a muerte por mi jefe y va a morir.

—Pero tiene una pistola, y según me dijeron, debo morir de accidente.

—Va a morir de accidente.

Aquel hombre era rubio, de unos treinta y cinco años, ojos muy verdes, claros. Entró en el cuarto de baño y Eleanor retrocedió, sintiendo que toda ella se había convertido en un trozo de hielo. Pensó en Crawford, en Nancy y en Bob Massey. Ellos habían dicho que impedirían que la matasen, pero ninguno se encontraba allí

para salvarla.

—¿Cómo me va a matar?

—Hoy día es muy frecuente la muerte por el abuso de barbitúricos.

Eleanor miró el frasco que tenía en la mano. Estaba lleno de comprimidos. Allí habría más de treinta. Sí, aquel hombre la mandaría al otro mundo y la agencia a la que representaba cometería otro asesinato haciéndolo pasar por otro accidente.

—No me hará tomar una sola píldora.

—Va a tomar más de una. Por ejemplo, diez, o quizá veinte.

—Tendrá que matarme con la pistola.

—Conozco un procedimiento estupendo para hacerle tragar eso.

—¿Cuál?

—La apretaré por el cuello.

Así diciendo, el rubio se abalanzó sobre Eleanor. Ella no pudo gritar porque sus cuerdas vocales habían quedado paralizadas.

El asesino pudo cogerla como quería, pasándole un brazo por la cintura y el otro por el cuello. Luego tiró de su víctima, apoyándola en una de sus rodillas.

Eleanor vio la cara de aquel hombre, los ojos agrandados, la boca entreabierta. Parecía un sádico.

—Ya verá cómo ahora traga las pastillas. Todas las que yo quiera.

La apretó del cuello como había dicho y luego él mismo cogió algunas pastillas. Pero cuando se las iba a poner en la boca, surgió un brazo que lo apartó violentamente de Eleanor.

Luego, un puño se estrelló en su cara.

El rubio se desplomó y perdió el conocimiento al estrellar la cabeza contra el suelo.

—Bravo, señor Crawford —dijo una voz.

Alan, que era quien había golpeado al rubio, se volvió rápidamente y vio a Judy Freeman con una pistola.

—Caramba, nos encontramos en todas partes, Judy.

—Aquí era necesario que nos encontrásemos.

—¿También fuiste invitada a la cacería del zorro?

Judy señaló al rubio.

—Jackie Milland se dio cuenta de las anormalidades que habían surgido aquí y decidí venir yo misma. Soy amiga de lord Reagan...

Imaginé tu plan, Alan. Capturarías vivo a Jackie y lo harías hablar. De esa forma tendrías las pruebas contra mí para que la policía interrumpa mi carrera. Ahí lo tienes todo explicado. Y decidí ser yo quien diese la sorpresa final.

—Estás loca, Judy.

—¿Tú crees?

—Necesitas cuidados médicos... Anda, dame esa pistola, y yo me ocuparé de que te pongan una buena camisa de fuerza. Te prometo que será de tu talla.

—No sirven ahora tus ingeniosidades, querido Alan. Más suerte en el infierno.

Crawford saltó sobre Judy y logró atraparle la muñeca cuando disparaba.

La bala chocó contra la pared.

Luego, los dos cayeron y la pistola se volvió a disparar.

Judy lanzó un grito de muerte.

Alan, había quedado encima y sintió cómo el cuerpo femenino se relajaba. Le quitó la pistola y se levantó.

Entonces pudo ver el agujero que Judy tenía en el vientre.

—Alan... —dijo la señora Freeman—, ¿por qué te cruzaste en mi camino?... ¿por qué?... —Luego, dobló la cabeza y expiró.

El rubio Jackie Milland y Vera Brown hicieron una confesión en toda regla, y la policía detuvo a otros tres miembros de la agencia Smith. Durante muchos días, la Prensa especializada de las islas británicas no habló de otra cosa que de aquella sociedad de asesinos que mataban esposas por poco precio, teniendo en cuenta la fortuna que heredaban los maridos. Una amplia investigación fue iniciada por la policía con respecto a los crímenes anteriores.

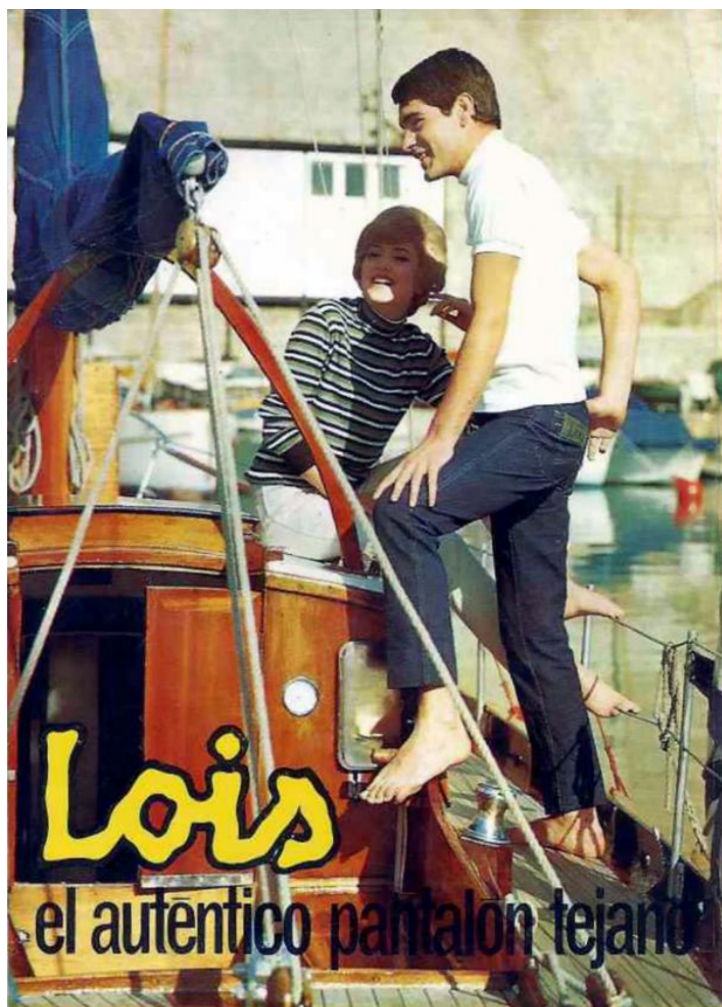
Lawrence Cregar admitió haber aceptado la oferta del llamado señor Smith para asesinar a su esposa, y aunque le recayó una sentencia leve, porque el crimen no había sido cometido, fue bastante para que le fuese concedido el divorcio a Eleanor, la cual se casó con el hombre del que estaba enamorada, Bob Massey.

En cuanto a Alan Crawford, recibió de manos de Bob Massey una sustanciosa recompensa de quinientas libras esterlinas, más otras quinientas de Eleanor.

Y Alan empezó a gastar ese dinero muy bien. Se casó con Nancy y se fueron a París, pero antes Alan abonó todo lo que debía a su

secretaria, agregando una gratificación por rotura de medias.

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

